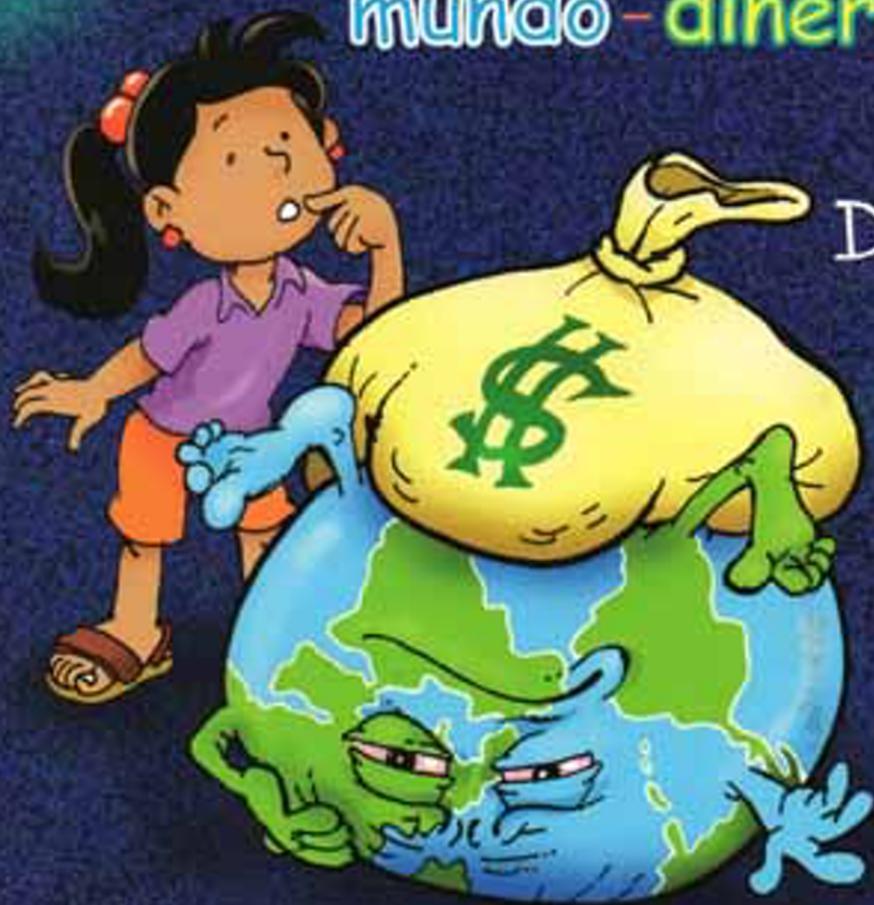


SUZY

y las
¿"Maravillas"?
del
mundo - dinero

WIM
DIERCKXSENS



**Suzy
y las
¿"Maravillas"?
del
Mundo-Dinero**

DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

Pablo Richard
Silvia Regina de Lima Silva
Tirsa Ventura
Marysse Brisson
Vilma Paola Hinkelammert
Mario Zúñiga
Anne Stickel
Wim Dierckxsens
Yanet Martínez
Luigi Schiavo

**Suzy
y las
¿"Maravillas"?
del
Mundo-Dinero**

Wim Dierckxsens

Pagina de creditos

Índice

Presentación.....	0
Agradecimientos.....	0
Capítulo I	
Suzy se da cuenta de que el mundo está al revés	0
<i>El trabajo y el disfrute</i>	<i>1</i>
<i>Suzy en diálogo con su abuelo</i>	<i>9</i>
<i>Los lentes mágicos del abuelo.....</i>	<i>17</i>
Capítulo II	
Suzy descubre el mundo del dinero con los lentes mágicos	0
<i>El mundo del trabajo y el mundo del dinero</i>	<i>19</i>
<i>Suzy aprende a ver la magia del mundo sin lentes.....</i>	<i>26</i>
<i>La danza de los vampiros.....</i>	<i>33</i>
Capítulo III	
Suzy descubre muchos mundos del trabajo	0
<i>Suzy gana un premio con el juego de los lentes mágicos</i>	<i>37</i>
<i>Suzy descubre los diferentes mundos de los adultos y los niños</i>	<i>45</i>
Capítulo IV	
Suzy se da cuenta de cómo poner el mundo al derecho	0
<i>Suzy aprende la magia que cambiará el mundo.....</i>	<i>50</i>
<i>¿Cómo intentaron los adultos poner el mundo al derecho?</i>	<i>57</i>
<i>¿Cómo los niños y jóvenes pueden poner el mundo futuro al derecho?</i>	<i>60</i>

Presentación

Ronny Castillo González

17 años, Colegio CONBI

Cuando somos niños, nos es duro entender la humanidad, los problemas que rodean a los adultos y por qué el mundo es como es. Escuchamos a nuestros padres quejándose de falta de dinero, de problemas políticos y sociales, pero difícilmente los comprendemos.

Vemos en los medios de comunicación masiva que hay países donde la gente muere de hambre, que hay guerras sin motivos lógicos aparentes, que hay manifestaciones en contra de los gobiernos, robos, asesinatos ... y casi nunca comprendemos por qué, ni sabemos qué papel juega el dinero en todo esto.

Suzy es una niña que está tratando de entender la "fiebre del oro". Con la ayuda de su abuelo, nos brinda una síntesis del mundo del dinero, del trabajo, de la desigualdad ciudadana, de la política, y llega a conclusiones fantásticas gracias a su alto nivel de madurez y sensibilidad social.

Ella nos invita a dar un cambio, a conducir al mundo por rumbos más justos, equilibrados y sostenibles: sin distinciones de raza, religión o estrato social.

Esta niña nos da una buena lección. No debemos tomar las cosas a la ligera, debemos poner por encima de los intereses individuales a los intereses del colectivo. Tenemos que dejar de ser los "vampiros" que ella menciona, y convertirnos en seres que consumamos solo lo que necesitamos. La transformación está en nosotros y en nadie más. En nuestras manos está permitir el agotamiento del mundo, y con ello, la muerte de toda forma de vida sobre la faz de la Tierra. Pero también está el disfrute pleno y sostenible, tanto por nosotros, como por las futuras generaciones.

Mariamalia Blanco
10 años. Colegio CONBI

La riqueza no solo significa dinero, sino también paz, amor y mucha felicidad en nuestros corazones. Muchas personas poseen mucho dinero y muchas riquezas, y a pesar de todo eso, no logran ser felices.

Cuando se trabaja solo por dinero, no se es feliz. ¿De qué sirve tener dinero si no hay tiempo para disfrutarlo al máximo con tus amigos o con tu familia?

Me gustó mucho del libro que cada cosa pequeña está relacionada con la economía. Me gustó también que Suzy mandara cartas a su muy querido abuelo reflexionando sobre los diferentes tipos de trabajo. Suzy es una niña filósofa, porque piensa mucho y se contesta las preguntas a sí misma. Me gustó el libro y me enseñó muchísimo.

Pienso que este libro nos enseña también que los adultos, aunque ya sean grandes, deberían aprender a reflexionar como los niños, y pensar que lo más importante no es cuánto dinero ganamos al trabajar, sino cuánto disfrute tenemos al trabajar y hacer lo que nos gusta.

Me gustó la forma en que Suzy piensa y la manera detallista en que analiza el trabajo como disfrute, el trabajo como placer y el trabajo por dinero.

Agradecimientos

Esta novela fue leída y discutida en forma de borrador por los niños y las niñas del quinto grado de la primaria del Colegio CONBI, de Costa Rica. Les agradezco de corazón. Agradezco asimismo a la maestra de quinto grado del colegio, Ana Patricia Morales, por haberme permitido lograr un espacio de diálogo con las niñas y los niños, y por haber organizado y preparado la presentación de este libro.

***“Para Connie Suzette,
mi nieta querida”***

CAPÍTULO I

Suzy se da cuenta de que el mundo está al revés

El trabajo y el disfrute

Suzy es una niña que está en el último año de primaria. Ese día, como tantos otros, iba de regreso a su casa en el autobús del colegio, acompañada de María, su hermanita menor.

Aún era una niña en el plano afectivo, pero a Suzy le gustaba mucho filosofar sobre las cosas de la vida. En este aspecto, Suzy era diferente, y no tenía mucho que compartir con sus compañeras y compañeros de clase.

El trayecto entre la escuela y la casa duraba casi una hora en autobús. Ella y su hermana eran casi las últimas en bajar y unas de las primeras en subir. Muchos días, en vez de conversar, Suzy se dedicaba a mirar por la ventana los paisajes de los cafetales y las casas de sus compañeros y compañeras.

Mientras la chica estaba mirando por la ventana recordó que su tío había sido llevado al hospital la noche anterior en ambulancia, por un problema del corazón, debido al exceso de trabajo, según le había explicado su mamá. Suzy veía que muchas mamás recibían a sus hijos cuando llegaban de la escuela, pero se daba cuenta de que casi nunca ningún papá estaba en la parada del autobús para recibir a su hijo. ¿Por qué tantas mamás se dedican a las casas, a cuidar a los niños, a cocinar, a lavar... mientras los papás están fuera trabajando? No le quedaba claro a Suzy qué es exactamente lo que hacen los hombres fuera del hogar, ni siquiera lo que hacía su propio papá. Él trabajaba mucho, incluso los sábados, y a veces llegaba muy tarde a la casa y le contaba a su mamá sobre la cantidad de trabajo que tenía en su oficina.

Suzy iba de vez en cuando a la oficina de su papá. Ahí llegaban muchos turistas que venían a conocer su país. Sin embargo, la niña no entendía nada de los libros con montones de números con

que trabajaba su padre. Ella había ido también a la oficina de su abuelo paterno, aunque no lo veía desde hacía algún tiempo. No obstante, siempre estaban en contacto.

La niña sabía que su abuelo escribía libros para las personas mayores, pero ella no los entendía. El abuelo le había comentado acerca de lo que escribía y lo que más le fascinaba era compartir con él todo lo que le contaba acerca de brujos y brujas. ¿Por qué él no escribirá sobre eso para niños y jóvenes? ¡Sería tan divertido! Porque en realidad parece que el mundo de los adultos solo gira en torno al trabajo.

Hablan del trabajo como si fuera la única cosa que existe en el mundo, pensó la chica. Cuando trataban ese tema, Suzy se apartaba. Le resultaba poco interesante y casi no comprendía nada. Prefería irse a jugar. Parecía que la gente adulta había perdido la capacidad de ser feliz, de disfrutar, en fin, de hacer lo que les da la gana. Eso le parecía extraño. Por eso Suzy se cuestionaba esa forma de vivir: ¿serán felices los adultos trabajando tanto? Debido a esta duda, a veces, se preguntaba si quería ser adulta. Aunque, pensándolo bien, sí había conocido a personas que estaban felices con su trabajo.

Recordaba muy bien con cuánta alegría la recibían las muchachas en la oficina de su abuelo. Sofía, la de la recepción, siempre le decía: ¡Hola, linda! Clara, la de la cocina, le daba ricos postres. Lorena la atendía con mucho cariño, le ofrecía golosinas y dibujaba con ella.

Pero de pronto, Lorena decía que tenía que trabajar. Al observarla, Suzy no entendía con exactitud lo que hacía en la computadora con tantos números. ¡Cómo era complicada la vida de los adultos! Suzy se preguntó si aprendería estas cosas en la escuela. Seguro que para eso eran las matemáticas. Sin dudas, son pocas las personas que disfrutan jugar con números, se dijo.

Suzy también quería mucho a su abuela paterna, aunque tampoco comprendía bien lo que ella hacía en una oficina grande y moderna, con montones de papeles. Lo que sí comprendo muy bien son sus ricas comidas, se saboreó. ¡Ciertamente, es más rico comer que tener que hacer todos esos trabajos! Por eso había gente que se pasaba horas en la cocina por puro gusto. Como su abuela, a quien Suzy ayudaba a lavar los platos y a poner la mesa.

¡Se ve de lejos que mi abuela disfruta lo que hace en la cocina! Si el trabajo puede ser algo disfrutable, ¿por qué entonces los adultos abusan tanto de una sola cosa, habiendo tantas otras cosas bonitas que podrían realizar? ¡Cuántas veces no llegaba su papá muerto de cansancio a la casa, sin ganas de disfrutar otras cosas! Era como en los juegos, uno se aburría después de cierto tiempo, y si todos los días fuera el mismo juego... ¡no quiero ni pensarlo! Los adultos viven el mundo al revés.

Suzy se acordó de la vez que su abuela la había llevado al circo con su hermana menor. Recordó que el payaso la hizo reír muchísimo. También disfrutó en el Museo de los Niños, con juegos que jamás había visto. ¡Ahí sí debe ser entretenido trabajar! Es casi como poder jugar todo el día. Ciertos trabajos parecen juegos, y jugar trabajando debe ser lo mejor de la vida. Cuando yo sea grande, quiero tener un trabajo en el que se disfrute. Pero, ¿cómo debe ser difícil encontrar un trabajo así!

Los paseos con sus abuelos por los parques nacionales eran muy bonitos, había árboles enormes, pajaritos y muchas cosas sorprendentes. Seguro que las personas que trabajan como guías en los parques disfrutaban muchísimo. ¡Eso debe ser lo máximo!, se dijo Suzy. ¡Que le paguen a uno por pasarla bien! No obstante, recordó que cuando los guías hablaron con su abuela, le contaron que ellos trabajaban jornadas muy largas, y que, a menudo, estaban en los parques toda la semana sin ir a sus casas.

Este trabajo es bonito cuando se es joven, pero ahora yo quiero casarme y tener hijos. Por eso pienso trabajar en una oficina, había dicho una guía. ¡Yo que creía haber descubierto un trabajo que se disfrutaba!, se lamentó Suzy. Pero, si hay tantos trabajos que aburren, ¿por qué la gente se mata trabajando?

Había escuchado decir, tanto en su casa como a la maestra, que los adultos trabajaban fuera de la casa por dinero. El dinero, por consiguiente, debía ser la clave del disfrute. Sin embargo, si uno tenía que trabajar tanto para tener dinero, ¿en qué momento lo podría disfrutar?

Recordó que su abuelo materno, que es médico, se pasaba la vida en un hospital en la capital, donde iba hasta los fines de semana y en Navidad y Año Nuevo. Él trabajaba por dinero. A su abuela materna le gustaba comprar ropa, y le regalaba a Suzy vestidos muy bonitos, que ella disfrutaba mucho. Cuando se los estrenaba, la llamaban reina, princesa. ¡Es verdad que eso me gusta!, admitió. Su abuelo entonces trabajaba para que otros disfrutaran... y lo mismo hacía su papá.

¿Sería que de adulto se termina el disfrute? Según decían las personas mayores, la vida real consistía en trabajar por dinero y más dinero, para poder comprar ropas y más ropas, cosas y más cosas, y que esa era la llave de la felicidad. Pero algo andaba mal en ese pensamiento.

¡Cuántos juguetes me han regalado que ni siquiera he tocado! ¡Cuántos muñecos tengo, y siempre juego con el mismo! Tengo por lo menos otros veinte muñecos y ya ni los toco. ¡Cuántos vestidos tengo, que ni uso! ¡Hipócrita, eres una hipócrita!, le recriminó una voz desde su interior.



Suzy reconoció que se sentía complacida cada vez que le traían un regalo. El tener cosas no es lo mismo que disfrutarlas, concluyó la chica, pero si se trabaja por dinero es para tener cosas y más. Entonces, el trabajar más permitiría comprar más. Sin embargo, ¿proporcionaba eso más disfrute? ¡No, definitivamente no!, enfatizó. Con mi perrito me siento feliz, y que no me lo cambien por nada del mundo. Ni que pensar que me cambien de perro cada mes, reflexionaba.

Suzy admitió que le producía envidia ver que otros chicos y chicas tenían ciertas cosas que ella no poseía. Entonces era la envidia la que hacía que los adultos trabajaran mucho por dinero, para tener cosas que a menudo no usaban. O sea, no se trabajaba por dinero para disfrutar, sino por envidia. ¿Habría alguien feliz en este mundo?

El dinero estimulaba la envidia, la cual impedía el disfrute de las cosas, y por eso medio mundo vivía infeliz. Cuanto más se trabaja por dinero, más se quieren poseer cosas, la envidia es mayor y menor el disfrute... ¡Verdaderamente, este mundo del dinero está al revés!

Suzy adoraba ir a la casa de la nana de su papá. Se llamaba Elisa. Vivía en un pequeño pueblo, al lado de un río. Elisa habitaba en una modesta casita de madera, pero siempre la tenía muy bien arreglada. Frente, en el mismo terreno, vivían dos hermanos suyos, y al lado de ella, un tercer hermano. ¡Es buenísimo que toda la familia esté tan cerca, porque siempre hay muchos niños con quien jugar, y no importa que no tengan muchos juguetes!

El río y un cerro en la parte de atrás de la casa eran la gran atracción. En realidad, se trataba de una quebrada, la que en tiempos de mucha lluvia se ponía bastante peligrosa. ¡De verdad que da miedo!, recordó. En las vacaciones de verano, Suzy iba allí con ropa sencilla. De esta forma, podía jugar despreocupadamente en el cerro y en el río. Se divertía muchísimo, y al final del día tenía tanta hambre, que comía como nunca lo hacía en su propia casa. A la casa de Elisa no ha llegado el mundo del dinero, reflexionó Suzy.

Por supuesto que había televisión, y hasta teléfono. Pero aún así, la casa era sencilla y con pocas cosas. La gente parecía ser más feliz que en las casas de muchas de sus compañeras. ¡Ves, el tener cosas no es la llave de la felicidad!, se dijo. ¡Hipócrita, eres una hipócrita!, le dijo una voz interior. ¿Cambiarías tu comodidad por la vida sencilla en el campo?

Suzy tenía muchas dudas al respecto. Eso de querer tantas cosas y dinero debe ser un virus. Ya debo estar contaminada, se dijo. Se quedó confundida y triste a la vez. Muchos niños y niñas queremos tener cosas y más cosas, y sentimos envidia. ¿Nos atacó ya el virus del mundo del dinero?

¿Eran más felices las niñas y los niños anteriormente, cuando no había tantas cosas? ¿Cómo saberlo? La chica se quedó con esas preguntas, mirando por la ventana del autobús.

¡Ya sé!... Voy a consultar con mi abuelo por parte de papi. Ella sabía que la quería mucho. Había vivido bastante y viajado por diferentes países. El había conocido otros tiempos y otros mundos, con una historia muy rica. Le preguntaré por qué el mundo del trabajo y del dinero están hoy al revés.

¿Por qué los adultos no aprenden de los niños a tener una vida de disfrute con el menor trabajo posible? Cuanto más lo pensaba, menos comprendía cómo los adultos podían haber construido un mundo tan absurdo para ellos. Parecían adictos al trabajo. ¿No se darán cuenta de que han construido un infierno en la tierra? ¿Se habrán olvidado de su niñez? ¿Con qué derecho nos dicen que como niñas y niños tenemos que prepararnos para ser buenos adultos? ¿Tenemos que prepararnos para ese infierno en la tierra? ¿Acaso no sabemos disfrutar mejor que ellos? No nos toman en serio. No nos toman en cuenta. Ellos dicen saber de la vida. Suzy tuvo un sentimiento de rebeldía. Estaba segura que cuando fuese grande no dejaría jamás de disfrutar.

El autobús se acercaba ya a su casa. Unas paradas antes vivía su maestra, quien se bajaba en ese instante. Les saludó y les dijo: ¡Recuerden hacer la tarea! No todas las tareas eran bonitas, pero algunas Suzy las disfrutaba mucho. Seguro que no todos los trabajos pueden ser bonitos, y que muchos han de aburrir con el tiempo. Entonces, ¿por qué agobiarse y renunciar al tiempo de disfrute?

El trabajo de las maestras de primaria sí que era fácil de comprender. De manera particular, a Suzy le gustaba pensar que otra gente la obedeciera. Este es un disfrute algo extraño, meditó. Ciertamente, le agradaba jugar a la escuelita con sus amiguitas del barrio, sobre todo con sus primas, quienes vivían al doblar de su casa. Es bonito hacer de maestra y que otros te hagan caso. Desde luego, ese papel había que intercambiarlo, una veces era maestra y otras veces era alumna. Aunque reconocía que era mejor mandar que ser mandado.

En la vida de los adultos, en cambio, los papeles no se intercambiaban, y en el trabajo unos siempre tenían que obedecer a otros. ¡Cuando seas grande, te tocará a ti mandar!, le decían sus papás. En la casa... ¡tal vez!, pero en el trabajo... Así como tampoco cambian los papeles entre los adultos y los niños. ¡Siempre los mayores son quienes saben y mandan! La niña estaba en contra de esto. Este mundo no solamente está al revés, sino que además, es injusto, se dijo.



El autobús ya casi llegaba a su casa. A lo lejos, Suzy vio a su hermanito menor caminando por la acera junto a su mamá, en dirección a la esquina donde ellas acostumbraban a bajarse. Juanito había estado recientemente en el hospital, donde Suzy lo visitó. Le regalaron un elefante de juguete, que ahora el pequeñín cargaba en sus brazos. Entonces ese juguete sí le gusta. ¡Qué bueno! Recordó el trabajo de los médicos y de las enfermeras en el hospital. ¡Ese sí que era un trabajo bonito! Cuando se es médico, concluyó, los demás tienen que hacerte caso.

Al día siguiente no había clases, y a Suzy se le ocurrió que podría jugar al hospital con sus primas. Ya tenía que bajarse con María, que seguía hablando con las últimas dos compañeras que aún quedaban en el autobús. ¡Vamos, María! ¡Ya llegamos a la casa!

Como Suzy no tenía tareas para el día siguiente, su mamá le pidió que la ayudara con algunas labores domésticas. La chica comprendía bien este trabajo de las mamás, el cual era muy visible para ella. Lo que no comprendía es por qué los adultos no llamaban a eso trabajo. Algunas mamás decían que ellas se dedicaban a los quehaceres del hogar, mientras los papás trabajaban para llevar el dinero a la casa.

¡Cómo se suda arreglando el cuarto! ¿Cómo no va a ser trabajo el tener que fregar los platos, cuando lo que quiero es salir a jugar? Por un lado se identificaba con el trabajo de su mamá en el hogar. Pero por otro lado, comprendía que había cosas muy aburridas, como arreglar el cuarto. En cambio, cuidar a su hermanito menor y jugar con él mientras su mamá compraba algo en la esquina, eso sí que le gustaba.

¡Ese sí es un trabajo que se disfruta... y casi ni es trabajo! Solo lo consideraba una tarea si su mamá se lo pedía en el momento en que quería salir a jugar con sus amigas y primas. Sin embargo, muy a menudo jugaba con Juanito sin que nadie se lo pidiera, y a veces hasta fregaba los platos por puro gusto. Definitivamente, era más lindo ser independiente, mandar que ser mandado. ¿Con qué derecho a los niños y niñas nos toca eternamente el último papel? ¿Cuando seas grande te tocará a ti!, te dicen... como si las cosas bonitas de la vida comenzaran a partir de cierta edad.

Algo no encajaba. La vida de las niñas y los niños aparentemente no era una vida en serio. ¿Acaso es en serio la vida de los adultos en su mundo al revés? La supuesta felicidad de poder entrar al mundo de los adultos a partir de cierta edad era, con seguridad, un cuento de los mayores, que solo ellos se lo creían. ¿Por qué apresurarse tanto para estar al revés?, se preguntó la chica mientras terminaba de arreglar el cuarto.

Suzy le dijo a su mamá que quería ir a jugar con sus primas.

- 
- ¿A qué vas a jugar, mi niña?
- Quiero jugar al hospital, mamá.
- ¡Bueno, linda! Pero recuerda que comemos en una hora, ¿sí?
- ¡Está bien, mamá!

Al salir, Suzy por pura curiosidad revisó el buzón que estaba a la entrada de su casa y vio que había una postal para ella. ¡Una postal para mí! ¿De quién será? ¡Es una postal del abuelo!, se alegró la niña. Está en Londres. ¡Cómo viaja el abuelo! ¡Muchas felicidades en tu próximo cumpleaños!, le decía. Te quiero y te recuerdo mucho. ¡Yo también te quiero muchísimo!, pensó Suzy y de verdad que quería estar con él para conversar sobre las cosas que le atormentaban. Me encuentro en un congreso de economía, escribía el abuelo. ¡Conque está ahí! ¡Mi abuelo Opa debe saber mucho sobre el mundo al revés de los adultos!

Opa le había enviado una dirección para que le escribiera a Bélgica, país donde estaría durante unos meses trabajando cuando se terminara el congreso. Suzy guardó la tarjeta y se fue con sus primas a jugar al hospital. Sin embargo, durante el juego estuvo todo el tiempo pensando en las cosas que le escribiría a su abuelo.

Suzy en diálogo con su abuelo

Después de la cena, Suzy se retiró con papel y lápiz a su cuarto, el cual compartía con su hermanita menor. Le escribió a su abuelo sobre el mundo al revés de los adultos, el trabajo y el dinero, el trabajo y el disfrute, y todas las otras cosas en que había pensado durante el trayecto del autobús. Varias veces tuvo que empezar de nuevo. ¡No era sencillo hablar de todas esas cosas tan difíciles!

Su papá vino al cuarto. Al ver a Suzy tan ocupada, le preguntó:

- ¿Qué estás haciendo, Suzy? ¡Te veo tan concentrada! ¿Son tareas para la escuela?
- No, papá. Le estoy escribiendo una carta a mi abuelo Opa, que me envió una postal.
- ¡Qué bueno, mi hija! ¿Sobre qué le estás escribiendo?

— Sobre el mundo al revés.

María soltó una carcajada.

— ¿Qué es el mundo al revés?, preguntó intrigado su papá.

— Es el mundo de ustedes los adultos, contestó la niña con toda naturalidad.

— ¿Estás mareada?, bromeó su papá, aunque ciertamente se notaba algo preocupado.

— No, papi. Por favor, ¿me puedes dar un sobre para enviar la carta al abuelo?

— ¡Claro, mi amor! El lunes en la oficina le pondré una estampilla para que la envíen hacia ... ¿dónde está el abuelo?

— Me envió su dirección en Bélgica, donde pasará unos meses cuando se termine el congreso en que está en Londres.

— ¡Usted sabe más que yo!, rió el papá.

Pasaron varias semanas. Todos los días, Suzy revisaba el buzón para ver si había correo del abuelo. La niña había celebrado su cumpleaños días atrás. Esta vez, sin embargo, la felicidad no fue completa. No estuvo abuelo, quien siempre la retrataba. Opa tenía un cuarto oscuro, donde revelaba fotos en blanco y negro del tamaño que Suzy quisiera. Una vez la niña estuvo con él en esa oscuridad, y le fascinó ver cómo de una linterna con luz se podían sacar fotos en papel. Era casi cosa de magia cuando la imagen aparecía en las aguas, recordó Suzy.

La niña empezaba a creer que quizás su carta no había llegado a manos del abuelo. No obstante, un día, al abrir el buzón, encontró un gran sobre con su nombre. Corrió feliz hacia su casa, en la que solamente estaba Josefa, una señora que ayudaba a su mamá con los quehaceres de la casa. Se encerró en su cuarto a leer, sin comer ni beber como era su costumbre. Josefa fue al cuarto para ver que sucedía.

— ¿Qué modales son esos, niña? Ni me saludas ni te sientas a comer...

— ¡Discúlpame, Josefa! ¡Es que mi abuelo me escribió sobre el mundo al revés!

— Bueno, pero primero tienes que comer.

Josefa salió del cuarto, aunque sin entender de qué hablaba la pequeña.

Después de haber disfrutado de la rica comida que hacía Josefa, Suzy volvió a su cuarto para comenzar a leer. La carta era larguísima. Más de cinco hojas por los dos lados hechas en computadora. Le voy a pedir a papá que para la próxima carta me enseñe a utilizarla. Eres una gran economista, le decía su abuelo, porque has detectado el mundo al revés y sabes distinguir el trabajo del disfrute y sabes hablar del trabajo por dinero. ¿Yo economista?, exclamó la niña. Pero si ni siquiera sé lo que significa esa palabra. Los economistas seguramente se dedican a explicar el mundo al revés de los adultos. La niña se sintió feliz por haberle escrito a su abuelo. Tal vez, él supiera arreglar el mundo.

Hay dos formas de ver el mundo, siguió leyendo. ¡Claro!, una al derecho y otra al revés, reflexionó, y puso más atención a la lectura. Los economistas solo vemos el mundo del trabajo por el lado del dinero, y nos hemos olvidado de verlo por el lado de la vida, proseguía Opa.

El abuelo entonces era economista y lo sabía todo. Él sabía comprender el mundo de los adultos, y Suzy vio que además comprendía el mundo de los niños y las niñas. Se sintió aún más feliz por haberle escrito. ¡Yo sabía que íbamos a entendernos! ¡Yo lo sabía!, exclamó rebosante de alegría.

Los viejos economistas, de los tiempos en que el dinero no estaba tan generalizado como hoy, conocían muy bien las dos formas de ver el mundo, continuaba el abuelo. Pero hoy todo es dinero. Esto provoca que en la economía se reconozca como trabajo únicamente aquel que da dinero. Cualquier trabajo que no dé dinero no cuenta en la economía moderna. Así por ejemplo, cuando ayudas a tu mamá, no es un trabajo tomado en cuenta. ¡Desconsiderados! Tanto que me cuesta lavar los platos o arreglar mi cuarto, refunfuñó Suzy.

La carta del abuelo continuaba explicando que los viejos economistas fueron asimismo capaces de ver el trabajo en relación con la vida y la felicidad. Todo trabajo que contribuía a dar felicidad lo consideraban parte de la economía, aunque no hubiese dinero de por medio. Según este punto de vista, cuando ayudas a tu mamá, querida nieta, realizas un trabajo igual al que efectúa tu papá por dinero. La diferencia consiste en que el trabajo de tu papá es pagado, mientras que el de tu mamá o el tuyo, no, concluía el abuelo.

¡Qué mundo más injusto! ¿Con qué derecho pagan unos trabajos y otros no?, razonó Suzy. Tu papá, mi niña, también realiza trabajos no pagados, como cuando fabrica muebles, en el patio de atrás, para la casa, decía Opa. Era cierto. Muy a menudo había visto trabajar a su papá allí, y algunas veces, cuando no estaba viajando, el abuelo venía a ayudarle. ¡Cómo los dos disfrutaban ese trabajo! Bromeaban todo el tiempo y se ponían felices cuando terminaban de hacer algún mueble para la casa. Este debe ser un trabajo placer... al menos para ellos, concluyó la nena, porque en realidad a

ella no le atraía mucho. En este mundo que tú llamas al revés, decía Opa, hemos llegado a absurdos tales como que a un mismo trabajo se le considere o no como tal. ¡Eso sí que no lo entiendo!, dijo la niña.

¿No te acuerdas que Elisa, la nana de tu papá, en las vacaciones de diciembre prepara montones de tamales? Muchos los regala, otros son encargados. Como los encargados se los pagan, Elisa gana un poco de dinero. Los economistas actuales dirían que ese sí es trabajo, porque da dinero. Absurdo, ¿no? ¡Totalmente!, concordó la chica. A veces, Elisa le paga a unas personas para que la ayuden a hacer los tamales. En más de una ocasión ha pensado establecer una pequeña empresa independiente para atender los encargos de comida, puesto que ella cocina muy sabroso. ¡Que me lo digan a mí!, pensó Suzy.

Una empresa de este tipo podría crecer y crecer... y de ese modo daría más dinero. Podría transformarse, incluso, en una fábrica de alimentos. En una fábrica de este tipo ya no se produce solo comida para satisfacer a los clientes, sino que la principal finalidad es hacer dinero para obtener más dinero.

Si la fábrica no realiza el trabajo con el fin de ganar más dinero, no podrá invertir en mejores equipos y máquinas. Es que con mejores equipos las fábricas pueden producir alimentos con menos trabajo, y por lo tanto, más baratos. En tu casa, por ejemplo, continuaba el abuelo, hay una batidora eléctrica. Al utilizar la batidora haces más rápidamente un jugo que si no la usaras. De igual manera, aquellas fábricas que utilizan mejores equipos y máquinas producen una misma cantidad de jugos en menos tiempo de trabajo. Así pagan menos salarios. ¡Claro, y de esta forma producen más barato que otras que no invierten tanto en maquinarias! Las fábricas que tienen equipos y máquinas menos modernos, casi no pueden obtener ganancias con sus productos; apenas el dinero que cobran les alcanza para cubrir los gastos en salarios y mantenimiento, y muy a menudo, ni siquiera para eso. ¡Ya entiendo, abuelo!

Al perder dinero con su actividad, esas empresas terminan cerrando, es decir, que para poder invertir en mejores equipos y maquinarias, hay que tener cada vez más dinero y eso obliga a las empresas a aumentar sus ventas. De este modo, ya no producen y trabajan principalmente para satisfacer las necesidades de las personas, sino para ganar más dinero. En vez de producir y trabajar para mejorar la vida, que sería lo esperado por los seres humanos, producen para hacer más dinero. O sea, el objetivo de la economía se encuentra al revés, reflexionó la niña.

Como te decía, proseguía el abuelo en su carta, los economistas consideran trabajo únicamente el que se realiza en empresas o actividades que producen dinero. El trabajo que genera



dinero lo contabilizan y registran como tal. Como la venta de tamales, por ejemplo, que permite a Elisa tener un dinerito para vivir. En cambio, todos aquellos trabajos que no proporcionan dinero, no los toman en cuenta. Es más, ni los consideran trabajo. Sí, como el mío en la casa. ¡Increíble! ¡Por eso es que el mundo ha llegado a estar al revés!, pensó Suzy.

La niña estaba realmente intrigada y siguió leyendo. El mundo actual está lleno de empresas que funcionan de esta forma, y son ellas las que producen la mayor parte de los productos. Los artículos en los supermercados, y las ropas de marca que tanto les gustan a la juventud, son fabricados por empresas que trabajan de esta manera. El mundo se mueve en función del dinero. Por eso, a la mayoría de los trabajadores no se les da la opción de trabajar el tiempo que deseen, y de este modo, les impiden tener un mayor disfrute de su tiempo libre. Están obligados a trabajar lo más que puedan y lo más intenso que puedan, para que las empresas hagan más y más dinero. ¡Parece la esclavitud en tiempos modernos! ¡Los adultos están atados al trabajo como perritos a una cadena!, pensó Suzy.

Una empresa no puede por sí sola salir de esto, a no ser que esté dispuesta a perder la batalla económica que libra con las otras empresas. Es decir, la única solución sería tomar una decisión para que todas las empresas cambiasen a la vez. No es imposible que se tome una decisión de este tipo, pero mientras no se llegue a un acuerdo sobre ello, el mundo seguirá al revés, como bien dices. ¿Quién podría tomar esa decisión?, se preguntó Suzy, motivada por lo que le explicaba Opa. ¿Los políticos? ¡Ese seguramente es el papel de los políticos!

El ponerse de acuerdo sobre eso es un asunto de orden político, decía su abuelo en la carta. No obstante, ningún país puede decidirlo por sí solo. Los países no están aislados en el mundo del trabajo y del dinero. Las empresas de un país producen para otros países. En los supermercados y en las tiendas grandes, hay cada vez más productos de otros países. Ponerse de acuerdo en el plano político, exige que todos los países se entiendan entre sí para cambiar el modo en que funciona la economía al revés. ¡Ahora sí que me dan ganas de llorar!, pensó la niña. Me siento aplastada contra la pared.

Solamente si los ciudadanos presionan para que esto cambie, podrá haber esperanza. ¡No todo está perdido entonces!, exclamó la niña. Para cambiar el modo de organizar la economía, la gran mayoría de los ciudadanos del mundo tendrían que ponerse de acuerdo, decía la carta. ¿Cómo van a ponerse de acuerdo todos los ciudadanos del mundo, si hay veces que ni los vecinos del barrio logran hacerlo? La chica se sentía realmente triste.

Sin embargo, proseguía el abuelo, en la medida en que más y más empresas, incluso las más grandes de ellas, pierdan dinero, mejorarán las condiciones para presionar por un cambio, y no solo



por el lado de los que trabajan, sino también entre los que manejan esas empresas. En tal caso, el clima político cambiará a favor de una decisión colectiva. Ante el descontento entre las empresas y el descontento de los ciudadanos, los políticos que quieren un cambio tendrán su oportunidad, y los otros, se sentirán presionados. Ese será el momento para que todos lleguen a un acuerdo y pongan al derecho la economía del mundo.

Suzy se sintió, por un lado, confundida ante esta explicación, pues no comprendía cómo las grandes empresas podrían llegar a perder dinero. ¿No decía el abuelo que ganaban cada vez más? Por otro lado, se sintió alentada, porque Opa, al menos, le daba esperanzas de que este mundo al revés pudiera llegar a cambiar. Pero, ¿cómo van a perder dinero esos monstruos? Ciertamente, eso era algo que no se podía imaginar. Suzy se quedó mirando los árboles por la ventana, y dejó volar sus pensamientos.

O sea, la gente adulta trabaja tanto porque no tiene otra elección, mientras que las empresas andan tras el dinero para hacer más dinero. Entonces, no es el mundo de los adultos el que se halla al revés, sino el mundo de las empresas. De manera que el dinero y el trabajo, mientras perdure todo esto, lo serán todo y el disfrute permanecerá olvidado. ¿Por cuánto tiempo más será así? La vida real de la que tanto hablan los adultos no está hecha para disfrutar, sino para trabajar y trabajar. ¡Para colmo, se nos pega ese virus desde pequeños!

Para entender cómo todas las empresas, aún tratando de ganar más y más dinero, pueden en su conjunto llevar las de perder, seguía la carta del abuelo, necesitamos aprender algunas cosas. ¡Tenga paciencia, mi pequeña! ¡Pero si yo quería saberlo ya!, suspiró la chica. Sí, antes de comprender cómo las grandes empresas, aunque sean cada vez más eficientes, pueden llegar a tener pérdidas, hay que entender algo más del mundo del trabajo y del dinero. Hay muchos trabajos que proporcionan dinero, pero que no contribuyen a acrecentar las riquezas. Hay una gran cantidad de riquezas producidas que no contribuyen a hacernos más felices.

De lo primero, la niña no entendió nada; de lo segundo, sin embargo, alcanzaba a imaginarse algo. Comencemos con lo primero, continuaba el abuelo. El trabajo que hace, por ejemplo, un vigilante, da dinero, porque el vigilante cobra un salario; pero no aumenta la riqueza, porque el vigilante no produce. Hay incluso actividades y trabajos pagados que se relacionan con la pérdida de riqueza, como el seguro contra choques que tiene el carro de tu papá. Hay empresas que ganan mucho dinero con estos seguros, porque casi no gastan lo que obtienen, ya que lo que hacen es usar una parte del dinero de todos los asegurados para cubrir las pérdidas de los afectados. O sea, que se puede hacer dinero con las pérdidas de los demás. ¡Ya entendí, abuelo!, exclamó Suzy.



Lo extraño de los economistas del mundo del dinero, continuaba la carta, es que las riquezas que entran a las empresas aseguradoras las consideran como crecimiento de la riqueza del país o, como dicen ellos, como incremento del llamado Producto Interno Bruto. ¡Qué brutos son!, exclamó Suzy. ¿Cómo se les ocurre?

Lo que pasa es que los economistas actuales no ven la economía desde su totalidad, prosiguió el abuelo. Ellos creen que la totalidad es la suma de lo que hacen las empresas que ganan dinero. Además, estos economistas suman los ingresos de los bomberos que apagan un incendio en un bosque, sin embargo, la pérdida del bosque no la contabilizan como una pérdida de la economía. Para ellos, el bosque, y con más razón los pájaros, las mariposas y otros animalitos, no valen dinero. No son riqueza, puesto que un pájaro en el bosque, por ejemplo, no tiene precio.

¡Esto es el colmo! ¡Tan bonitos que son los pájaros y no los consideran parte de nuestra riqueza! ¡Ahora entiendo mejor cuán al revés se encuentra este mundo! La contaminación del aire y del agua por los desechos de las fábricas, de los vehículos y de las casas, tampoco es vista por los economistas como pérdida de riqueza, explicaba el abuelo. ¡Absurdo, vivimos en un mundo absurdo!, concluyó Suzy.

Hay más todavía. ¡No, abuelo, ya no más! Para realmente entender por qué al hacer dinero, las empresas, incluso las más poderosas, pueden llegar a perderlo, tengo que compartir contigo otras cosas. ¡Ahí viene el secreto! ¡No me lo quiero perder!, se animó la niña. Pero antes, tienes que saber algo, le decía el abuelo. Hay juegos de azar, apuestas. La lotería es una especie de juego de azar que redistribuye la riqueza ya existente. Las máquinas tragamonedas, los casinos y las apuestas a los caballos en el hipódromo, son otros ejemplos. Las empresas que se dedican a esto hacen mucho dinero, sin que en los países se produzcan cosas nuevas.

¡Hay que ser muy caballo para apostar a los caballos... con el perdón de esos animales tan nobles!, se dijo Suzy. Ahí es adonde quiero llegar, continuaba Opa. Hay unos casinos muy grandes, que son las bolsas de valores. Ahí se apuesta a empresas supuestamente triunfadoras en el mundo de los negocios. Para apostar, hay que comprar unos papeles que dan derecho a ser copropietario y que se llaman acciones. Las personas compran las acciones de las empresas que supuestamente serán las ganadoras a costa de las otras. De este modo, los precios de las acciones de las supuestas triunfadoras suben a costa de las supuestas perdedoras. Esta es la clave para que entiendas la crisis que sufren muchas empresas en el mundo del dinero, y para que comprendas la crisis que se producirá en el futuro. En otro momento volveré a compartir contigo este tema. Ahora, estoy un poco cansado de tanto escribir, decía Opa.

Los lentes mágicos del abuelo

Pero, antes de despedirme de ti, mi querida pequeña, te voy a hacer un regalo. Te puedes poner dos clases de lentes para ver este mundo. Los economistas de hoy utilizan solo unos, y se han olvidado de los otros. Según los lentes utilizados por estos economistas, el trabajo que produce dinero es el único que cuenta en realidad, o como dirían ellos, ese es el verdadero trabajo productivo. Para ellos, hacer dinero es hacer riqueza y no importa en qué se trabaje, mientras produzca ganancias. ¡Está claro, abuelo! Ver el dinero con lentes de dinero, produce miopía, pensó la niña.

Pero están los otros lentes, que han quedado en el baúl de los recuerdos de los economistas de hoy. Te propongo un juego con ellos. Aprende a ver el mundo cambiándote de lentes. Ya verás que cuando te pongas estos nuevos, podrás apreciar que tu trabajo y el de las mamás que se dedican a los quehaceres del hogar, son trabajos iguales que el de las empresas, aunque no generen dinero. Comprenderás que si haces comida para la familia, esto es tan productivo como cuando haces comida para vender en un restaurante o en una fábrica de alimentos. Comprenderás también que si le enseñas cosas nuevas a tu hermanito, o se las enseñan en la escuela, igualmente se produce riqueza. Podrás ver con claridad que con la educación y el aprendizaje las personas se engrandecen, y con ello, crecen las riquezas, como dirían los viejos economistas. ¡Qué divertido, abuelo!, exclamó Suzy.

La carta del abuelo continuaba. Con estos nuevos lentes podrás saber que, si cantas en el baño, por ejemplo, produces una canción que tú misma consumes, como dirían los viejos economistas. Estás bromeando, abuelo, dijo Suzy, sonriendo, y siguió leyendo. Pero que si cantas para que la gente pague por oírte, eres una pequeña empresaria independiente. ¡Ahora sí que te estás pasando, abuelo!, dijo riéndose.

Verás que si cantas para un empresario que te contrata para un público reunido en algún teatro, eres una trabajadora que gana su salario cantando, y que los nuevos economistas dirán que ese sí es un trabajo de verdad, porque hace que el empresario que te contrata gane dinero. Suzy ya se imaginaba ser toda una estrella que estaba ante un gran público aplaudiéndola. Verás también que si además el empresario graba tus canciones en un disco, y te paga por ello, y luego ese disco se vende muy bien, el empresario se enriquecerá con tus canciones. Eso ya huele a robo, pensó la nena.

La carta terminaba con un cariñoso beso. Opa le pedía que no olvidara responderle. Suzy se dio cuenta de que ya era muy tarde. Estaba muy cansada con tanta lectura complicada, y decidió volver a leer la carta en otro momento.

CAPÍTULO II

**Suzy descubre el mundo del dinero
con los lentes mágicos**

El mundo del trabajo y el mundo del dinero

Durante varios días, antes de acostarse, Suzy leyó y releyó la carta de su abuelo. Cada día se sentía más tentada a compartir el juego de los lentes para ver las cosas de la vida con ojos distintos. Pero no sabía con quien. Como era un problema del mundo de los adultos, no hallaba cómo abordarlo con sus compañeras y compañeros.

En la clase de ciencias sociales, quizás... Después de todo, la maestra ha estudiado muchas cosas. Ella debe saber algo sobre el uso de los lentes, puesto que a veces dice cosas críticas sobre el mundo en que vivimos, reflexionó Suzy. Sin embargo, no hallaba cómo abordar el tema. Un día, la clase fue sobre la economía mundial. Suzy se envalentonó y le preguntó:

— ¿Maestra, cree usted también que este mundo anda al revés?

¡La maestra se quedó mirándola con los ojos muy abiertos!

La niña bajó la mirada al sentir el asombro de sus compañeras y compañeros. A lo mejor la maestra no sabe usar los lentes de mi abuelo, se dijo. La pena de Suzy fue tal, que durante los días que siguieron no se atrevió a preguntar más nada.

Pero un día la maestra habló de la naturaleza. Les contó acerca de que los seres humanos estábamos acabando con los bosques, de la importancia de tener conciencia para conservar la naturaleza y del papel que los niños pueden desempeñar en la educación de los adultos sobre este tema. Suzy se envalentonó de nuevo.

— La riqueza es mucho más que el dinero, expresó. Los pajaritos y los animalitos son parte de esa riqueza, pero los economistas no saben valorarlos cuando no se compran.



Otra vez todos sus compañeros y compañeras se quedaron boquiabiertos. Otra vez la maestra abrió mucho los ojos. Sin embargo, elogió a la niña por ver las cosas de esta manera y la estimuló a abordar el tema en una próxima clase.

¡De acuerdo!, suspiró Suzy. Los lentes que me regaló el abuelo sí que son mágicos. Hasta te permiten que los adultos te presten atención. La chica descubrió algo más. La gente adulta que trabaja a favor de la conservación de la naturaleza, mira este mundo con unos lentes diferentes a los que tienen los economistas modernos y similares a los del abuelo. También descubrió que sus compañeras y compañeros la miraban con admiración y asombro. Aunque ese día se sintió contenta por la magia de los lentes, al mismo tiempo se sintió un poco confundida, y le pareció que la dejaban un poco más de lado que otras veces.

A pesar de esto, Suzy agarró más valor para seguir con el juego de los lentes. Debe haber más personas que sepan usar lentes diferentes para mirar este mundo al revés. En una fiesta de cumpleaños de una de sus compañeras, Suzy conversó con algunas mamás acerca del trabajo de las mujeres en el hogar.

— ¿Ustedes consideran que los quehaceres del hogar son un trabajo al igual que el trabajo pagado en las empresas?, les preguntó.

También las mamás se quedaron mirándola con asombro. Suzy percibió sorpresa y admiración en algunas de ellas. Siguió preguntando:

— ¿No les parece injusto que no se pague por efectuar las labores domésticas?

Nuevamente notó unas miradas asombradas y otras de espanto. Pero también hubo otras miradas de sorpresa muy agradables.

— ¡Qué bueno que están aprendiendo estas cosas en el colegio!, afirmó una de las mamás que trabajaba en un ministerio.

Se armó una discusión entre algunas madres sobre la doble jornada que les tocaba trabajar fuera y dentro de la casa. Algunas mamás que trabajaban fuera de casa participaron animadamente en la conversación, mientras que otras siguieron conversando de ropas bonitas. Según parece, pensó Suzy, las mamás que trabajan fuera de la casa saben algo más del mundo al revés que las mamás que no lo hacen. Se sintió toda una señorita, que podía entrar al mundo de los adultos con los lentes mágicos de su abuelo.

¡Vaya!... Con estos lentes me hacen caso. Al parecer puedo compartir mis ideas con las mamás que trabajan en oficinas. La niña se sintió más feliz aún con el regalo de su querido Opa.

Un viernes por la tarde, de regreso del colegio, Suzy comenzó a mirar a los muchachos. Había chicos muy apuestos, aunque a menudo se comportaban de modo extraño. Uno de ellos, llamado Felipe, le gustaba en especial. La verdad es que me encantaría jugar al escondite con él. ¡Ojalá que nunca nos encuentren!, pensó con cierta malicia.

De inmediato se acordó de su hermanito menor, quien siempre se creía ganador de ese juego. Una vez se quedó varias horas en el closet sin que nadie lo encontrara. El pobrecito, solo, no sabía que nadie tenía interés en buscarle. Los varones, continuó cavilando la niña, no siempre obtienen las mejores notas en los exámenes, y al pasar de año, a veces suspenden más que mis compañeras. ¿Con qué derecho, entonces, piensan que les debemos hacer caso?

¿Será que ellos sienten que se preparan exclusivamente para el mundo del dinero y que nosotras no? O sea, que este mundo está al revés desde la niñez. A los varoncitos se les enseña desde muy pequeños a vivir al revés, mientras nosotras seguimos con los pies en la tierra. ¡Para colmo, los que mantienen sus pies en la tierra tienen que hacerle caso a los que están destinados a vivir al revés!, reflexionó Suzy, sintiendo una gran rebeldía.

Los muchachos aprenden a vivir al revés desde temprano, y por eso difícilmente se interesarán en el juego de los lentes mágicos. Parecen murciélagos, se rió. Solo revolotean y nunca ponen los pies en la tierra.

— ¿Estás pensando en tu noviecito, Suzy?, le preguntó uno de sus compañeros.

— En todo caso no en ti, ¡murciélago que andas al revés en esta tierra!

Sus compañeras se rieron mucho. El chico se sonrojó y se quedó mudo.

— ¡Qué bien, Suzy!, le dijo una de sus compañeras. ¡Ese muchacho es un engreído!

— ¿De dónde sacaste esa idea?, le preguntó otra.

— Solamente miré con los lentes mágicos que recibí de regalo de mi abuelo y lo vi como si fuera un murciélagos.

— Algún día tendrás que prestarme esos lentes, rió Flora, una de sus compañeras.



¡Estos lentes sí que son poderosos!, pensó Suzy algo asustada, ya me los están pidiendo prestados.

El domingo siguiente fue un día lluvioso. La niña pasó toda la tarde con sus primas, Ana y Carmen, jugando al Monopolio. Suzy, quien había jugado este pasatiempo varias veces, vio este juego ahora con ojos muy diferentes. Eso de poner casas y más casas, para poder tener luego un hotel, y otro hotel, y finalmente ganar la carrera de hacer dinero a costa de otros... así es el mundo de las empresas, reflexionó. Desde niños nos acostumbran a este mundo al revés, hasta en los juegos. Desde temprano nos enseñan a comportarnos como murciélagos. Claro, unos con más dedicación que otros. ¡Tan feos que son esos animalitos!, pensó riéndose.

En la televisión, que estaba encendida, estaba el concurso de belleza Señorita Universo. Iban por la primera selección para escoger las finalistas. Ana apostó a que la Señorita Venezuela sería una de ellas, mientras Carmen lo hizo por la Señorita Francia. Suzy se acordó de las apuestas a los caballos y de la bolsa de valores.

— ¡Hagamos apuestas con dinero!, exclamó.

— ¿Con qué dinero?, preguntó Carmen. Porque yo no tengo.

— Con el del Monopolio, respondió Suzy.

Las primas se animaron y juntas decidieron que apostarían a seis de las doce posibles finalistas. Repartieron todo el dinero del juego en partes iguales, y cada muchachita comenzó a hacer su propia lista. Mientras más posibilidades tenía una posible finalista, más dinero le apostaban. ¡Cómo cambió el ánimo de todas para ver el concurso! Se comían las uñas y pegaban gritos de lo tenso que les resultaba el juego.

— ¿A qué se debe tanto escándalo por un concurso de belleza?, preguntó la mamá de Ana y Carmen.

Suzy le explicó lo que estaban haciendo, y su tía se sonrió un poco sorprendida. Carmen ganó ampliamente y se quedó con más de la mitad de todo el dinero del Monopolio. Suzy y Ana se miraban entre sí.

— ¡Voy a buscar mi juego de Monopolio para tener más dinero y seguir apostando!, exclamó Suzy, que quería recuperar todo lo perdido.

En menos de cinco minutos ya estaba de regreso. Repartieron el dinero nuevo. Ahora podían apostar grandes sumas. Carmen especialmente se sentía muy confiada, porque tenía más dinero. Las chicas volvieron a elaborar sus listas. Esta vez para tres ganadoras. Se quedaron mirando el concurso hasta muy tarde en la noche. Suzy podía dormir en casa de sus primas, porque el lunes era feriado y no había clases. La tensión subió a niveles tales que una tras otra iban al baño. Cuando finalizó el concurso, Carmen perdió mucho dinero, mientras Suzy y Ana ganaron sumas casi parecidas. Las dos estaban eufóricas, en tanto que Carmen, no sabiendo cómo superar su frustración, tiró todo por el suelo.

— ¡Carmen, le dijo Suzy, es solo un juego y este dinero no vale nada! No has perdido nada más que la ilusión.

La prima se rió con lágrimas en los ojos.

— Ciertamente, no tengo que comportarme como si fuese dinero de verdad. ¡Me muero con la sola idea!, añadió casi llorando.

— Deberían prohibir hacer este tipo de juegos, manifestó Ana.

— ¡Sí!, concordó Suzy, este tipo de juegos no tiene moral alguna. Cuando pienso que los adultos los practican en los casinos y en los hipódromos, entiendo a mi abuelo, sobre todo con lo de la bolsa de valores.

Ana y Carmen la miraron sorprendidas. ¿La bolsa de valores? ¿Qué niña más sabia!

— Según el abuelo Opa, les explicó Suzy, la bolsa de valores es el casino más grande del mundo de los adultos, donde apuestan a empresas supuestamente ganadoras.

— ¿Esas cosas aprendes con los lentes mágicos de tu abuelo?, le preguntó Ana.

— ¡Sí!... ¿Entiendes ahora por qué la gente hasta se suicida con esas apuestas? ¡Es el colmo que existan esas casas de apuestas!

¡Hipócrita!, escuchó una voz en su interior. ¿Cuántas veces no has tenido la tentación de probar las máquinas tragamonedas? ¿Vas a decir que no te gustó ganar la apuesta de Señorita Universo? Es verdad que este maldito virus del juego con dinero se nos pega desde pequeñas, admitió.



Al día siguiente siguió la lluvia y Suzy no salió de la casa de sus primas. Con ellas estaba también una vecinita del otro lado de la calle. Se llamaba Nancy. Ella y sus papás habían vivido mucho tiempo en el extranjero. Conversaron sobre el juego del día anterior, y luego decidieron jugar a las tiendas.

— ¡Traigamos las cosas que ya no queremos y las intercambiamos!, sugirió Ana.

A la media hora ya estaban todas de vuelta, con las pertenencias que no querían. Había de todo: muñecos, lápices de colores, patines, bolas, blusas, vestidos, zapatos, recuerdos de viajes de los papás, y hasta una caja de maquillaje. En total eran más de cincuenta artículos, y los pusieron en exhibición como en una tienda de verdad.

— Pero, ¿cómo intercambiamos todas estas cosas?, preguntó Carmen.

Es que un vestido no se podía cambiar por una blusa, ni unos zapatos casi nuevos por una caja de maquillaje. Las chicas decidieron entonces ponerle precio a las cosas. Sin embargo, ¡qué difícil era eso!

— ¿Cómo hacen los adultos para poner los precios?, preguntó Suzy.

No hallaban cómo ponerse de acuerdo. Las primas de Suzy se acordaron de que en algunos lugares se acostumbraba a regatear. Que cada una le ponga precio de venta a sus cosas, propuso Ana, y que quien tenga interés en comprar algo, regatee si le parece muy caro. Todas estuvieron de acuerdo. No obstante, el asunto se complicó, porque Nancy, como venía del extranjero, le puso precio a sus cosas en dólares y las otras tres en moneda nacional.

— ¿Cómo se traducen esos precios?, planteó Carmen.

Acordaron ir a consultarle al tío de Suzy.

— En el periódico aparece el tipo de cambio entre las monedas, les explicó, y les buscó la información.

Resolvieron utilizar de nuevo el dinero del Monopolio. Nancy fue a su casa a buscar su juego que había comprado durante su viaje. La sorpresa fue que con unos pocos dólares Nancy podía comprar de todo. A las chicas, que solo tenían moneda nacional, eso no les gustó.

Seguro que en el mundo de los adultos los que tienen dólares pueden comprar el país entero, pensó Suzy, y percibió la injusticia del asunto. Convinieron entonces en poner más dinero

local que dólares. Pero de repente, sobraba dinero, por lo que tuvieron que subir los precios en moneda local.

— Propongo, dijo Ana, que todos los precios sean en nuestra moneda, y que ninguna pueda comprar más que las otras.

Todas estuvieron de acuerdo. Únicamente así podían ser justas. Sin embargo, ¡qué difícil era eso! No había forma de quedar bien. Terminaron aburriéndose y se fueron a ver televisión. No obstante, Suzy comenzó a pensar en cómo podría contarle esto a su abuelo.

El viernes por la noche Suzy decidió hacerle otra carta al abuelo. Su papá le había enseñado a escribir en la computadora. No era difícil. Con un dedo, y a veces dos, empezó a contarle todo lo que había experimentado durante las últimas semanas. Le fascinó el hecho de que la máquina le obedeciera, y especialmente que borrara lo que ella quería borrar, de modo que no necesitaba comenzar cada vez de nuevo. ¡Qué maravilla! Con esto sí voy a poder hacer bien mis composiciones de la escuela.

Le agradeció al abuelo por los lentes que le había regalado, y le contó cómo había visto el mundo a partir de ese momento. Me siento muy cerca de ti, le comentó, al igual que cuando estás aquí. Le confió, incluso, que los muchachos ahora la miraban de manera diferente. Me prestan más atención, aunque se me quedan mirando con los ojos abiertos y se sonrojan cuando les hablo de machismo.

Estuvo varias horas en la computadora, hasta que su mamá le dijo:

— ¡Suzy, ya es hora de irse a dormir!

— ¡Está bien, mamá! y guardó todo lo que había escrito.

El domingo terminó la carta, la imprimió y le pidió a su papá que al día siguiente se la pusiera en un sobre y la llevara al correo.

Suzy aprende a ver la magia del mundo sin lentes

Los días siguientes Suzy siguió utilizando los lentes mágicos. Estos siempre le daban nuevas sorpresas. Un día, por fin, llegó carta del abuelo. Hacía varias semanas que la esperaba y se puso muy contenta.



Yo también me he sentido más cerca que nunca de ti, le escribía el abuelo desde tan lejos. Son las fuerzas del universo las que nos unen, y esas fuerzas no tienen fronteras. ¿Cómo explicar mi contacto cada vez más fuerte contigo a pesar de no vernos? Por lo visto, se dijo Suzy, hay más cosas que aprender que las que enseñan en la escuela.

Has aprendido muy rápido a usar los lentes mágicos, proseguía en su carta Opa, y creo que ya puedes quitártelos. ¡Eso sí que no! Ahora que empiezo a disfrutar la magia de los lentes, ¿debo quitármelos? Ya aprendiste a mirar el mundo y su magia sin esos lentes. ¡Tampoco es tan así, abuelo!, pensó la niña, a pesar de que se sentía muy halagada.

Los juegos con tus primas y con Nancy te han enseñado muchísimo sobre el mundo al revés que vivimos los adultos. Como has visto por ti misma, este mundo también ha contagiado el de los niños y las niñas. ¡Entonces abuelo está de acuerdo conmigo!, pensó Suzy y se sonrió. Vamos a compartir otro poco para ubicar esos juegos en el mundo de los adultos, porque, a fin de cuentas, no están tan separados como pareciera a primera vista. ¡Ciertamente, al abuelo no se le ha quitado lo de niño por dentro!, pensó Suzy riéndose.

Hemos visto que a las empresas les interesa fabricar más y más productos, porque eso les permite ganar más y más dinero. Pero al fabricar mayor cantidad de productos, las empresas buscan venderlos a toda costa. Luego, si ellas hicieran, por ejemplo, juguetes que duraran toda la vida, venderían menos juguetes, que si los hicieran de más corta duración. Por eso muchos juguetes no duran casi nada, pues así las fábricas pueden seguir produciéndolos y vendiéndolos. De esta forma, ganan dinero cada vez más rápido.

¡Eso es cierto! A mi hermanito menor le regalaron un carrito que no le duró ni un día. Es como si te premiaran por hacer mal tus tareas, aunque tuvieras que volver a hacerlas, o como si repitieras el año y te dieran un premio por ello. ¡Eso sí que sería un mundo al revés!, exclamó Suzy. ¡Te imaginas que los premiados en la escuela fueran los que tienen que repetir el año!

Sin embargo, lo que se considera al revés en tu escuela, no se considera así en el mundo de las empresas. Lo peor de todo es que al seguir haciendo productos de corta duración, cada vez se sacan más recursos de la naturaleza y se contamina más el agua y el aire. Fomentar este tipo de consumo por el consumo, solo conduce a acabar con el planeta con mayor rapidez. Detrás de esta forma de trabajar no hay otro motivo que la sed ilimitada de hacer dinero. Mientras ganan más y más dinero, están acabando con la naturaleza, reflexionó Suzy. La niña comprendía ahora muy bien las clases de su maestra sobre ese tema, y se sintió indignada y feliz al mismo tiempo.



Cada vez es mayor la cantidad de productos que son fabricados para que duren poco, ya sea por su corta vida o porque se introducen otras modas. Andar con ropas pasadas de moda, por ejemplo, resulta muy incómodo, no tanto por el vestido mismo, sino por la forma en que te mira la gente. De este modo, muchas cosas que se compran ni siquiera se usan. Esto es el colmo, reflexionó Suzy ¡Hipócrita! escuchó en su interior. ¿Acaso no te gusta tener muchas cosas nuevas? El virus del mundo al revés, sin dudas, nos ataca desde pequeños, reconoció con cierta incomodidad.

Los niños y los jóvenes son importantes para las empresas, porque consumen mucho. Por eso, en muchos países, los anuncios en la televisión, sobre todo de las grandes compañías, se dirigen a ellos con mucha agresividad, para inducirlos a consumir sus productos. Las empresas gastan mucho dinero en anuncios para que sus productos se vendan más que los de las otras. No obstante, poco les importa si esos productos se usan o no, si duran o no. ¡Eso es un engaño!, pensó Suzy con indignación. ¡Qué tontos somos al comprar tanta porquería!

Las empresas más grandes no solamente producen más barato, sino que con menor calidad. El eslogan de bueno, bonito y barato es, por consiguiente, un cuento de hadas, concluyó Suzy. Todo producto que se le compra a una empresa le proporciona a esta una utilidad en dinero, aunque no tenga ninguna utilidad de uso para el comprador. Comprar por comprar, sin usar las cosas, se ha vuelto una adicción y se estimula como si ese fuese el placer más grande de la vida, le explicaba el abuelo.

Suzy se acordó perfectamente de que en más de una ocasión, ella y sus compañeras se habían extasiado frente a las vitrinas de las tiendas. Aunque no tenían dinero, todas se morían de las ganas de comprar cosas, sin preguntarse bien para qué las querían. Se entristeció. ¡Así que nos toman como víctimas fáciles y nos convierten en adictos a ese comprar por comprar!

Entendió que ni los niños estaban exentos de ese mal, todo lo contrario. Ese virus los afectaba desde temprana edad. Para que consumamos, desde pequeños nos enseñan a andar al revés... y ¿cómo será entonces de adultos? ¡Ni pensarlo! A los adultos casi no les queda otra alternativa que trabajar y trabajar, sin tiempo libre, para de esta forma consumir por consumir. Suzy vio con ojos diferentes la vida de los adultos. Ese consumir por consumir proviene del ganar dinero por dinero, y acaba con los bosques, los pájaros, y hasta con el disfrute de la vida misma. O sea, que cuando eres adulta ¡tienes que olvidarte de disfrutar!

Al igual que los productos que se hacen para las casas, las máquinas y los equipos para las fábricas, las oficinas y los bancos duran cada vez menos tiempo, proseguía el abuelo en su carta.



Las empresas también quieren tener la última moda en maquinaria y equipos. ¿Acaso andarán los empresarios viendo desfiles de modas de batidoras?, se preguntó Suzy un tanto sorprendida. Prefiero ver desfiles de señoritas, o mejor aún, de muchachos guapos; y la niña se sonrió al imaginarse un desfile de grandes batidoras, presentadas por simpáticos chicos.

Las fábricas de refrescos, por ejemplo, quieren tener las máquinas de última moda, añadía el abuelo. Deben ser superbatidoras, reflexionó Suzy. Al comprar la última moda en maquinaria, las empresas pueden producir con menos trabajo y con menos costos, en resumen, más barato. Aunque las máquinas viejas sirvan todavía, las botan porque no permiten que las empresas ganen más dinero. ¡Qué derroche!, exclamó la pequeña. ¿Adónde irá a parar toda esa basura? ¡Deben existir basureros gigantescos!

Las empresas que no renuevan sus equipos, comentaba Opa, se quedan atrás en la carrera por hacer más dinero, porque tienen costos más altos. De esta forma, pierden ante la competencia, ya que el precio ha de ser más o menos el mismo, si no, nadie compraría sus productos, porque serían muy caros. El trabajo determinaba entonces el precio de las cosas, se dijo la niña y recordó lo difícil que les resultó poner los precios cuando jugaron a las tiendas.

Las máquinas son también el resultado del trabajo y su costo forma parte del costo del producto, proseguía Opa. Este costo incluye el trabajo necesario para fabricar el equipo, los materiales usados y el trabajo empleado en el proceso de producción. Eso sí suena lógico, pensó la niña. Pero, ¿de dónde salen las ganancias? Seguramente el que produce más barato que los otros ganará, y los demás... ¡para el diablo! Aunque no estoy muy segura, será mejor preguntárselo al abuelo en la próxima carta.

Las nuevas máquinas, cada vez más sofisticadas, son ciertamente más costosas, pero como son más eficientes, requieren de menos trabajadores. Un robot batidora requiere menos trabajadores en la fábrica que los que necesitaría una batidora común, ejemplificó el abuelo. Suzy se imaginó un montón de duendes metálicos, caminando con patas eléctricas y manejando superbatidoras.

Sin embargo, argumentaba el abuelo, inventar máquinas cada vez más sofisticadas, cuesta también más trabajo y más dinero. Por ejemplo, en una fábrica de jugos, lo que costaría comprar una nueva máquina más compleja podría ser más que lo que se ahorra en el costo del trabajo para hacer los jugos. Entonces... no siempre se gana con las superbatidoras, reflexionó Suzy. ¡Eso suena interesante! Así tal vez dejen de botar las máquinas al basurero.



Los resultados solamente se obtienen después de comprar las máquinas. Si son negativos, las empresas pierden interés en esa maquinaria, puesto que no les hace ganar más dinero. Si este problema se presenta para muchos productos, cada vez más empresas tienen menos interés en seguir invirtiendo su dinero en nuevas máquinas. Pero, entonces, ¿qué harán con su dinero?, se preguntó intrigada la chica.

Cuando se da esa situación, las mayores empresas comienzan a interesarse en ganar dinero fuera de la producción, seguía la carta de Opa. Cuando todas las empresas que fabrican productos enfrentan el mismo problema, su principal interés pasa a ser la colocación del dinero fuera del sector productivo. ¿Pero, dónde lo colocan?, se preguntó Suzy.

Una solución es prestar dinero. Por ejemplo, comentaba el abuelo, las grandes empresas empezaron a prestarle dinero a los países menos desarrollados. No les importó en qué esos países invertían el dinero. No existió ningún control para que se invirtiera en empresas productivas que hicieran crecer la riqueza en esos países. Muchos Estados gastaron parte de esos dineros en consumo o en lujos, en lugar de invertir en empresas productivas para que salieran adelante. En muchas partes se gastó mucho dinero y no se preocuparon por el futuro. Por supuesto, en esas condiciones, a estos países les fue muy difícil pagar los préstamos. La salida que encontraron fue pedir nuevos préstamos para pagar los anteriores.

¡Ya entendí, abuelo! Es como si yo le pagara una deuda a Felipe con un dinero prestado por Flora. De esta forma, la deuda de estos países aumentó, continuaba la carta, pero no su capacidad de pago. Eso sucedió hace muchos años, cuando tus papás eran todavía niños, proseguía el abuelo. Las empresas enormes preferían prestar dinero antes que invertirlo en fábricas. Si un país no les hacía caso, y así sucedió, no les daban ni más plazos ni más dinero para que pudiesen devolver sus deudas. Estaban contra la pared. Entonces, se les exigió abrir sus fronteras y dejar entrar los productos de esas empresas gigantes. ¿Cómo es eso?, se dijo Suzy. Ahora sí que no te puedo seguir, abuelo.

Antes, los países cobraban impuestos para dejar entrar productos extranjeros a su mercado. Eso protegía a sus propios productos, porque los impuestos encarecían los productos extranjeros. Esto era necesario, ya que algunos países no tenían máquinas modernas y no podían competir con los precios baratos de los productos de los países que sí las tenían. Sin embargo, a partir de que algunos países estuvieron contra la pared, se les exigió no cobrar más impuestos. De este modo, por ejemplo, en muchos países los jugos del exterior entraron a competir con los jugos nacionales. Por supuesto que las fábricas de los países menos desarrollados llevaron las de perder, aunque sus jugos eran naturales y los otros no. ¡Tan ricos que son los jugos naturales!, pensó la niña. ¡Hipócrita!, le incomodó otra vez la voz en su interior. ¿No tomas siempre Coca Cola?



Lo que pasó con los jugos, pasó también con muchos productos. Numerosas empresas fueron compradas por otras más grandes, o simplemente cerraron. ¡Eso sí que es de vampiros!, se dijo Suzy. Solo chupando la sangre de los demás pueden vivir. ¡El mundo no es dominado por los murciélagos, sino por verdaderos vampiros!, suspiró. Así fue que las grandes empresas pudieron conquistar los mercados de casi todo el mundo, continuaba Opa, y eso les ha permitido volver a invertir para acaparar aún más.

Por eso es que en casi todos los países se pueden comprar ropas de marcas tales como Lee, zapatos Nike o Reebok y montones de otras cosas. ¡Ya veo, abuelo! Nos inyectan el virus de comprarles cosas a los vampiros grandes, y los productores nacionales se quedan sin nada. Por eso es que muchas pequeñas industrias de los países menos desarrollados han perdido clientela o quebrado, mientras que las más grandes han ganado.

El abuelo seguía comentando. Muchas industrias nacionales han desaparecido. Para poder seguir adelante, los países menos desarrollados abrieron las fronteras. Esto fue lo que le permitió a muchas cadenas extranjeras acaparar casi todo el mercado mundial. Es cierto, se dijo la niña. Estamos acabando con nosotros mismos. Suzy se puso muy triste porque comprendió que desde niños buscamos y preferimos lo foráneo, como si fuera la última maravilla.

Las maquilas de ropa son otro ejemplo, continuaba la carta. Las ganancias obtenidas por estas fábricas y comercios son enviadas fuera del país donde se producen. La única ventaja que tienen es que dejan algunos empleos, pero con salarios mucho menores que los que pagan en los países donde están las sedes de esas grandes empresas. O sea, que los monstruos engordan más y más a costa de los países más pobres, reflexionó Suzy. Muchos políticos en esos países se ven presionados a obedecer a las empresas extranjeras y eso provoca que cada vez haya menos espacio para las políticas nacionales. Con razón hablan tan mal de los políticos en algunos países, pensó la chica con mucha tristeza.

La danza de los vampiros

Las grandes empresas, llamadas multinacionales o transnacionales, son las verdaderas ganadoras de la carrera empresarial en el mundo. Cada vez hay más países que tienen que hacerles caso, porque la riqueza se va concentrando cada vez más en menos países. Estas empresas pueden comprar países enteros. Es cierto, asintió Suzy. Es como pasó en el juego, con Nancy. Ella, por tener dólares, podía comprarlo todo.



Obligan a los gobiernos a venderles sus empresas para ganar más dinero, seguía la carta. Sin embargo, no hay nuevas inversiones en los países menos desarrollados, porque el dinero se usa para comprar las empresas ya existentes. Solo la propiedad pasa de unas manos a otras. Así, entra dinero al país, pero luego sale en forma de ganancias. En muchos casos esas empresas compran con lo que el país le debe, por lo que ni siquiera entra dinero. Pero si un gobierno no les quiere vender esas empresas, lo amenazan con que sus bancos no le renovarían los préstamos y comenzarán a cobrarles la deuda. ¡Ya comprendo!, exclamó Suzy. ¡No hay derecho a hacer esto!

Un gran número de gobiernos, seguía el abuelo, están obligados por las transnacionales a aceptar que el dinero ganado por ellas pueda salir y entrar sin trabas. De este modo, pueden sacar su dinero en dólares para volver a invertirlo dónde y cuándo quieran. ¿Así no más, sin ninguna condición?, se cuestionó la chica. Las entradas y salidas libres de dinero son un peligro para cualquier país, ya que pueden fomentar un juego especulativo con su moneda. Suzy no comprendió muy bien, pero seguidamente el abuelo escribía: Te explico. Imagínate que Nancy tomara muchos dólares de su juego de Monopolio y decidiera invertirlos. Colocaría el dinero en un banco que pagara buenos intereses. Ese país, mientras Nancy tiene su dinero guardado en su banco, aprovecha y lo usa para construir casas y hoteles. Sin embargo, supongamos que de pronto a Nancy se le ocurre sacar todo el dinero del banco. El juego se echaría a perder porque el país tendría una crisis severa. ¡Ya comprendí, abuelo! Es como si de repente Nancy decidiera llevarse todos los billetes del juego a su casa.

Suzy no entendía bien cómo los países podían autorizar a las transnacionales a sacar el dinero. Con seguridad lo hacen porque tienen que obedecer a los que tienen mucho dinero, concluyó. La riqueza en el mundo no crece con las inversiones en compras de empresas, las únicas que crecen son las ganancias de las multinacionales, siguió leyendo. También las grandes transnacionales se compran entre sí para ganar la batalla por el mercado existente. Estas compras mutuas se llaman fusiones. Entonces muchas personas comienzan a apostarle dinero a esas empresas fusionadas, pues creen que tienen más oportunidades para ganar la batalla por el mercado mundial. ¡Esto parece una danza de vampiros!, exclamó la muchacha.

Los precios de las acciones se incrementan muchas veces. Entonces, para poder participar en ese casino mundial, hay que pedir prestado mucho dinero. Incluso, a veces hay que hipotecar casas y empresas, para poder apostar a esos supuestos ganadores. Es como si se tomara dinero prestado, pero sabiendo que después hay que devolverlo. A eso le llaman economía burbuja. Suzy se imaginó una burbuja enorme que crecía y crecía.

El precio de las acciones en la bolsa de valores sube cada vez más, hasta alcanzar valores muy por encima de lo que cuesta toda la inversión en edificios y maquinarias de esas empresas. Algún



día, sin embargo, las grandes multinacionales habrán comprado todo lo que podrían comprar y habrán acaparado todos los mercados que podrían invadir con sus productos, y entonces terminará la conquista del mundo. Lo que el abuelo quiere decir es que se adueñarán de todo, pensó Suzy.

Cuando eso pase, no habrá más dinero que ganar en el casino mundial. Entonces ya no subirá más el precio de las acciones y se perderá el interés en las apuestas. Muchos propietarios buscarán vender sus acciones. Pero como todos querrán hacerlo al mismo tiempo, los precios se derrumbarán, ya que nadie comprará las acciones a precios elevados.

¡La burbuja explotará!, exclamó Suzy. Debido a la caída de los precios de las acciones, proseguía Opa, sus dueños tendrán que venderlas mucho más baratas de lo que les costaron. Esto los llevará a la ruina y a la quiebra, pues una gran cantidad de acciones fueron compradas con dinero prestado. Por lo tanto, al tener que venderlas más baratas, los dueños no podrán pagar las deudas contraídas y habrá una crisis económica tremenda. Habrá mucha gente endeudada, quiebra de empresas y bancos, incluso de los más grandes.

¡Más de uno se sentirá muy mal por haber perdido toda su fortuna de la noche a la mañana! Eso sí me lo puedo imaginar, pensó Suzy, al recordar la forma en que reaccionó Carmen cuando perdió su dinero del Monopolio. ¿Cómo será en la realidad perderlo todo? Este mundo de los casinos es como una danza de vampiros, en el que se chupan la sangre los unos a los otros y, a fin de cuentas, acaban con su propia especie. ¿Este es el mundo de los adultos más destacados del planeta?, pensó Suzy.

Ante la amenaza de una crisis tan profunda, el abuelo le explicaba, que había comenzado a desarrollarse una presión creciente para ingeniar otra forma de concebir la economía que le permita mejores avances. Esperemos que sea para poner la economía al derecho, se dijo Suzy. Pienso que esto pudiéramos compartirlo en otra carta, le proponía el abuelo. Por ahora, creo que es suficiente.

Al terminar la difícil lectura de la carta del abuelo, Suzy no comprendía todavía muchas cosas. Por un lado, le aterraba la idea de que la burbuja gigantesca en cualquier momento podía explotar. Por otro lado, tenía la esperanza de que en un futuro el mundo se pudiera poner al derecho, aunque no se imaginaba cómo hacer para que eso ocurriera.

Una cosa estaba clara, estamos más al revés que nunca, reflexionó. Pero, ¿qué sucederá mientras no explote la burbuja?, ¿qué pasará cuando los vampiros no tengan donde chupar sangre? Suzy se sentía cansada. No obstante, al mismo tiempo, sentía que cuando ella fuese grande podría trabajar por un mundo en el que los vampiros aprendiesen a beber agua en vez de sangre ... Sí, que aprendiesen a beber la deliciosa agua, fuente natural de la vida.

CAPÍTULO III

Suzy descubre muchos mundos de trabajo

Suzy gana un premio con el juego de los lentes mágicos

Suzy ya estaba en la secundaria. Había crecido mucho, tenía el pelo más largo y había abandonado esos aires de niña que la caracterizaban. Ya era una jovencita. Habían terminado las vacaciones, y con ellas, los paseos por los bosques, donde estaban los árboles que podía abrazar y que la hacían sentirse parte de esa fuerza natural. Era como si las energías de esos gigantes se traspasaran hacia ella.

Adoraba las caminatas por los trillos de los bosques. Había visto animales que nunca antes había conocido, como aquel puerco espín que tanto se asustó cuando por poco se cae en una catarata. Recordaba que el animal se paró unos minutos temblando del susto, y después se perdió entre las plantas. Había quedado fascinada con los pajaritos que aparecían cuando menos los esperaba, con sus colores tan vivos y variados. La pesca de la trucha también le encantó, aunque al mismo tiempo, le parecía un poco cruel matar a los peces para luego asarlos y comerlos. Suzy se sentía, más que nunca, unida a la naturaleza.

En el autobús comenzó a ver los paisajes con ojos diferentes. Ahora veía árboles en los que no había reparado antes, y disfrutaba de los cafetales y sus arboledas como si fueran cosa nueva. La jovencita sentía que la naturaleza le daba mucha fuerza.

Durante todas las vacaciones había estado en contacto con Opa. Había tenido mucho tiempo para reflexionar y comprender bien todas las ideas que analizaba de conjunto con el abuelo. Este seguía viajando. Ahora estaba en Brasil, en una misión de cooperación con los pobladores de Río de Janeiro.

En la primera semana de clases, hubo un día dedicado a orientar a los alumnos sobre la secundaria y las diferentes opciones. Suzy se inclinó por las ciencias sociales, la historia y las lenguas



modernas. El profesor de ciencias sociales les pidió llenar un cuestionario para conocer lo que cada alumno se imaginaba que haría en su vida profesional. Suzy no tuvo dudas. Cuando sea grande, quiero ser economista, escribió.

Muchas compañeras y compañeros no tenían ninguna idea de lo que querían estudiar. A más de uno le impresionaban la computación y el inglés. La motivación de la mayoría giraba en torno a las posibilidades de obtener un buen trabajo. Ese día Suzy, en cambio, dijo:

—Yo quiero conocer mejor el mundo del dinero y del trabajo. Así podré ayudar a construir un mundo donde haya lugar para todos y todas, con más espacio para el disfrute, y donde podamos vivir en armonía con la naturaleza.

El profesor la miró con asombro y admiración a la vez.

En las primeras clases de ciencias sociales, el profesor habló mucho sobre el mundo del trabajo. Se refirió a diferentes trabajos, así como a las diferencias de salarios que existen entre unos y otros. Habló de los trabajadores del campo y de la construcción, de las empleadas domésticas, de las trabajadoras de las fábricas textiles, de los profesionales, de los administradores de las empresas, de los técnicos en computación, de los médicos, los educadores y los abogados. Algunas profesiones son más buscadas por los hombres, y otras por las mujeres, afirmó. Suzy nunca había pensado en eso. Es obvio que nos está motivando para que sigamos estudiando, reflexionó.

Lo que más le llamó la atención fue que los trabajos para las mujeres y los hombres fueran tan diferentes. Pero, sobre todo, Suzy no comprendió por qué los salarios eran tan desiguales. ¿Por qué los hombres ganan más que las mujeres si ellos no sacan mejores notas que nosotras en los estudios? ¿Por qué tenemos que obedecerles en el mundo del trabajo si no siempre sobresalen?

El profesor habló acerca de los trabajos de los gerentes y directivos, y sobre la mayor presencia masculina en esta clase de puestos, al mismo tiempo explicó, que los oficinistas subalternos eran sobre todo mujeres. ¡Algo anda aquí al revés!, se dijo Suzy, y sintió una gran rebeldía por dentro.

El profesor también mencionó a los inmigrantes en muchos países, quienes trabajaban en los empleos más duros y, a menudo, más mal pagados. Esta situación asombró e intrigó a Suzy. ¡Pero eso es cierto! Josefa, la que trabaja en mi casa, es extranjera, y su marido labora en la construcción, pensó.

En el autobús de regreso a la casa no faltaron las bromas. Los compañeros de escuela de Suzy se miraban como futuros gerentes de compañías, o, por lo menos, aspiraban a ser jefes de algún



departamento u oficina, pero en todos los casos querían mandar. Las compañeras, en cambio, en su mayoría, hablaban de una buena profesión, a menudo en el área de los servicios a la comunidad. Estaba claro que los muchachos sentían que podían acaparar los puestos de mando por encima de las chicas. ¡Estos engreídos me tienen cansada!, refunfuñó Suzy.

Compartió su molestia con otras compañeras. Si al menos tuviesen las mejores notas, les dijo, pero ni eso... Otra cosa que le llamó la atención fue el hecho de que muchas de las chicas aspiraran a profesiones u ocupaciones de tipo social, mientras que a los chicos no les preocupaban. Aunque hay sus excepciones, y algunos se inclinan a favor de la defensa de la naturaleza y del trabajo en la comunidad, reconoció la joven, como Guillermo y Felipe, quienes a pesar de saber bastante computación, compartían esa preferencia con las muchachas.

La ambición por lo técnico y el afán de destacarse en los puestos de mando, parecían ser cosas del dominio casi exclusivo de los varones. Aunque, ciertamente, Flora y otras compañeras también aspiraban a ello. ¡Algo anda mal aquí!, pensó Suzy. No obstante, lo que más le preocupaba era que muchas de sus compañeras veían todo esto como algo natural. ¡Mientras pensemos así, este mundo al revés nunca cambiará!

Cuando llegó a la casa, Suzy tomó su refresco habitual y se comió un rico postre que había preparado Josefa.

— ¿Cómo te fue en el colegio?, le preguntó.

Suzy le comentó lo que habían aprendido acerca de los inmigrantes con el profesor de ciencias sociales. Josefa no solo le prestó mucha atención, sino que comenzó a conversar con ella.

— Como en mi país no hay suficiente trabajo, mi marido y yo decidimos venir para acá.

Josefa le explicó a la jovencita que para empezar a trabajar había tenido que aceptar trabajos agotadores, porque a nadie le interesaba que tuviese cierta preparación. Como ni su marido ni ella tenían dinero, no les quedó otro camino que aceptar aquellas precarias condiciones. Suzy sintió pesar e indignación por tanta injusticia.

—Al principio, vivimos alquilados en casas muy humildes y alejadas del centro de la ciudad. Después de muchos años, compramos un terreno para construir. Con grandes esfuerzos hemos podido hacer una casita, con la ayuda de algunos amigos.



Suzy comenzó a ver a Josefa con ojos muy distintos y admiró su valentía.

Ya en su cuarto, la joven sintió que una especie de bichito la picaba por dentro y la incomodaba. No hay derecho, y con el perdón de los animales, esto parece la ley de la selva, y ni eso, porque los animales no se comportan así. Suzy no podía comprender por qué en unos países hay más trabajo que en otros, ni por qué se paga mejor o peor. Tampoco le quedaba claro por qué los hombres ganaban más dinero que las mujeres, ni por qué ellas tenían que hacerles caso en el trabajo. ¡Este mundo realmente pertenece a los vampiros!, se dijo con rebeldía.

Suzy estaba segura de que no quería ser chupada por el mundo de los vampiros. Ella sabía que algunas mamás de sus compañeras trabajaban en altos puestos de mando. ¿Serán vampiros?, se preguntó. No estaba segura de eso. Aunque, en todo caso, era mejor ser vampiro que ser comida por los vampiros.

Suzy conocía a la mamá de una de sus compañeras, que luchaba por una mejor posición para las mujeres. Las mujeres siempre se mueven en el mundo de los vampiros, se dijo, para comer o ser comidas. En un mundo de vampiros, no le queda a las mujeres más opción, para no ser comidas, que desarrollarse como si también fueran vampiros. Se percató entonces de que las mujeres como la mamá de su compañera eran muy valientes, pues se enfrentaban a los vampiros. No obstante y a pesar de esto, el mundo no dejaba de estar al revés.

Los adultos enseñan desde pequeños a los muchachos a desarrollarse como murciélagos, mientras preparan a las muchachas para ser presas felices en ese mundo. Pero hay compañeros como Felipe que no les gusta ser vampiros, que son diferentes a los otros, pensó la chica. Él era cariñoso, no trataba de lucirse y le prestaba atención cuando ella necesitaba algo. Además, Suzy sabía que arreglaba su cuarto y que hasta cocinaba un poco.

Al día siguiente, Suzy subió al autobús del colegio como siempre, a las seis de la mañana, y se percató de que los obreros de la construcción ya estaban trabajando. Deben ser todos extranjeros, pensó.

La jovencita recordó lo que el profesor de ciencias sociales les había explicado acerca de que los trabajos más duros eran los peor pagados, y se dijo: La suya debe ser una vida dura, trabajar desde tan temprano y por tan poco dinero. Entonces los trabajos que se disfrutaban se pagaban mejor, mientras los trabajos duros eran castigados con una mala paga. Eso sí que era abusar de las personas. ¡Este mundo definitivamente está al revés!



Después que regresó por la tarde, se puso a conversar de nuevo con Josefa, con quien cada día se entendía mejor.

— Josefa, ¿usted fue a la escuela en su país?

— Sí, pero solo hasta los diez años de edad. Después tuve que ayudar a mi mamá a cuidar a mis hermanos más pequeños.

— ¿Y su marido?

— El sí hizo un poco de secundaria ... no debería estar en la construcción. Pero ¿qué opción tenemos? Al menos ya no trabaja como guardia. Los primeros años ni lo veía, siempre trabajando, por el día y por la noche. Pero si no hubiéramos hecho así, nunca habríamos podido tener una casa propia.

— ¿Cómo hace usted con sus hijos?

— Mi vecina es de mi tierra y me cuida a los más pequeños por un poco de dinero.

— ¿Tienen juguetes?

— Sí, aunque ellos juegan sobre todo en las calles, inventando cosas. La vida nuestra es otra.

Suzy comprendió que existían diferentes mundos de adultos y diferentes mundos de niños y niñas. Hay muchos mundos al revés y algunos están más al revés que otros, reflexionó. El mundo de Josefa y de sus hijos con toda certeza sería más difícil de enderezar que el suyo.

Ese sábado, Suzy recibió permiso para ir con sus compañeras del colegio a las tiendas. Sin embargo, la jovencita se interesó por cosas diferentes. Sus compañeras se fijaban en las ropas, en los zapatos, en los aretes y en tantas cosas bonitas que deseaban tener. Suzy, en cambio, se dedicó a observar que a los muchachos que lucían más pobres no los dejaban entrar a los centros comerciales. ¿Podrán entrar aquí los hijos de Josefa?, se preguntó.

Sintió un poco de rabia. Más todavía cuando Felipe, con quien se encontró de pura casualidad, le comentó indignado que a Carlos, un compañero del colegio, un poco moreno, inmigrante y mal vestido, no lo habían dejado entrar. Otra cosa que le llamó la atención a Suzy, fue la gran cantidad de jóvenes vendedoras, casi todas muy bonitas. Seguramente, a las feas no las contrataban como

vendedoras, y tampoco a las mujeres mayores. No hay dudas de que este mundo comercial es para los jóvenes, bonitos y ricos. ¿Adónde irán los otros? ¿Qué harán estas chicas cuando dejen de ser jóvenes?

Terminaron tomándose un refresco y Suzy se puso muy feliz porque Felipe se sentó, algo nervioso, a su lado. Casi no hablaba, pero no importaba. Soñaba con ese muchacho, apuesto y tranquilo. Sacaba buenas notas y era cariñoso.

La semana siguiente, el profesor de ciencias sociales les dijo:

— Tienen que hacer una composición sobre el trabajo en la economía nacional.

Les entregó una guía breve, que los dejaba bastante libres en el desarrollo.

— El trabajo lo pueden elaborar solos o en grupos de no más de tres compañeros o compañeras.

Suzy se atrevió a pedirle a Felipe, quien estaba en su misma clase, que lo hicieran juntos.

— Adriana también participará, le propuso.

— ¡Está bien!, le respondió Felipe, y Suzy se puso muy feliz.

Entre los tres se dividieron el trabajo. A Suzy le tocó un capítulo sobre el trabajo y el disfrute. Adriana elaboraría uno sobre el trabajo en casa y el trabajo pagado, y Felipe otro sobre los diferentes trabajos pagados. Durante las semanas que siguieron, se reunieron varias veces. Cada uno discutió sus ideas con los demás, y se divirtieron mucho realizando el trabajo en conjunto. Se conocieron mejor en sus cosas personales, y entre ellos se desarrolló una linda amistad. Tanto Felipe como Adriana se interesaron mucho por las ideas de Suzy, y decidieron que ella integrara las tres partes en la redacción final.

Una semana después de haber entregado el trabajo, el profesor les dijo:

— Considero tan original la composición que han hecho, que he decidido enviarla al Ministerio, para que participe en el Concurso del mejor trabajo para alumnos de primer año de secundaria.

Los tres se pusieron tan felices que ese mismo día lo celebraron juntos.



No todos los alumnos habían trabajado de forma tan integrada como lo hicieron Suzy y sus amigos. Hubo grupos donde una sola persona impuso sus ideas. Otros alumnos prefirieron trabajar solos, y estaba Flora, cuyo caso era diferente. Ella se aprovechaba del trabajo de los demás. Era muy bonita e inteligente, pero un tanto engreída. El mundo entero tiene que girar a su alrededor, pensaba Suzy.

Cuando había trabajos, ella ponía bajo sus órdenes a ciertos compañeros, para que le brindasen todo tipo de aportes. Ese era el caso de Guillermo, un muchacho tímido e inteligente, que estaba totalmente acaparado por Flora. Ante los profesores, ella se llevaba todos los méritos, mientras que Guillermo quedaba a la sombra.

Poco a poco Suzy y Guillermo se habían hecho muy buenos amigos. Les gustaba mucho hablar sobre cosas de magia. La chica se había percatado que los dos eran una fuerza, pues se profesaban mucha lealtad y eran muy imaginativos. Tanto a Guillermo como a Suzy les impresionaban los magos. La magia es verdaderamente apasionante, y los magos tal vez pudieran ser consultados para poner el mundo al derecho, pensó Suzy.

Al fin llegó el día de la entrega de los premios a los mejores trabajos a nivel nacional. El evento tendría lugar en el Museo de los Niños, y Suzy y sus dos compañeros habían sido invitados para asistir a él. Esta invitación implicaba que al menos recibirían una mención honorífica, les explicó el profesor. Los tres, con sus mejores vestidos, llegaron al museo acompañados de sus respectivos papás. Suzy habría querido que su abuelo estuviese presente en este acto. Le debo mucho a él. Ciertamente le hacía falta, y lo quería más que nunca.

Una vez pronunciados los discursos, comenzó la entrega de las menciones de honor a los galardonados.

— Ahora nos llamarán a nosotros, dijo Felipe, quien estaba junto a Suzy.

No obstante, en ninguna mención de honor fueron llamados. Después, se otorgó el tercer premio con palabras del Ministro, luego el segundo ... y nada. ¡No hay caso! Seguro que hubo un error en la invitación que nos hicieron, comentó Suzy. Finalmente, se anunció el trabajo ganador del primer premio. ¡No puedo creerlo!, exclamó la jovencita mientras apretaba con todas sus fuerzas la mano de Felipe. Ellos tres eran quienes habían ganado. Suzy saltaba de alegría.

— El primer premio ha sido otorgado a este trabajo por su valor educativo, indicó el Ministro.

Además, subrayó todo lo que los adultos podían aprender de los niños.

Suzy solo pensaba: Abuelo, ¿dónde estás para abrazarte?

— Este trabajo, junto con los otros premiados, terminó el Ministro, serán publicados.

La chica no aguantó más la emoción, y prorrumpió en llanto.

Suzy descubre los diferentes mundos de los adultos y los niños

Al día siguiente, Suzy no aguantaba las ganas de escribirle una carta al abuelo. Quería compartir con él, más que con nadie, su alegría. La tarde anterior, su papá, después de felicitarla muchísimas veces, le había comentado:

— Cuando niño, gané varios premios de poesía en la escuela, y tu tío Pelos ganó una vez un premio nacional.

El arte de escribir debe ser un don de la familia, pensó Suzy. Claro, si el tío Pelos siempre ha tenido el cabello largo como los escritores. Sin embargo, sentía que esta vez su premio se debía al juego de los lentes. Comenzó la carta para Opa contándole cómo habían ganado. ¡Abuelo, nos regalaron a cada uno una computadora! ¿Puede crearlo, una computadora para mí? Ahora le estoy escribiendo desde ella. ¡Imagínese!

Le contó también acerca de sus experiencias en el colegio, de Felipe, de Guillermo y de Flora y, por supuesto, de todo lo que había aprendido sobre el mundo del trabajo, lo que había conversado con Josefa, y otras cosas más. Cuando terminó, le adjuntó una copia de la composición.

Esta vez, el abuelo no tardó en responderle. Al día siguiente, estaba la respuesta por correo electrónico. A Suzy le pareció mágico que de la noche a la mañana el abuelo pudiera contestarle. Parece magia, y por más que el abuelo sepa de estas cosas, lo del correo sobrepasa los límites.

Su papá la ayudó a imprimir la carta. Suzy lo miró con ojos de asombro, y le dio un beso. El abuelo contaba que estaba emocionado con el premio de Suzy y sus compañeros. El Ministro tiene razón al decir que los jóvenes tienen mucho que enseñar a los adultos, comentaba en su carta. Suzy siguió leyendo. El abuelo se mostraba muy interesado en las cosas que ella había vivido y aprendido. Te has dado cuenta de que existe una gran diferencia entre el mundo del trabajo no pagado y el

pagado. Aprendiste que el mundo del trabajo pagado es poco uniforme, y las conversaciones con Josefa te lo han ilustrado. ¿Por qué se les paga a las mujeres por un mismo trabajo menos que a los hombres, y por qué en un país se paga menos por el mismo trabajo que en otro?, decía la carta. Suzy se preguntó: ¿Por qué, abuelo? ¿Por qué?

En el mundo del trabajo no se paga por lo que una persona hace, sino por el salario que ella acepte. ¿Las mujeres aceptan menos que los hombres? No creo, abuelo, que por ahí vaya la cosa, pensó la jovencita. Pero la carta continuaba con la respuesta a su inquietud. Las mujeres tienen menos oportunidades de conseguir un trabajo que los hombres. Hay países en que por cada cien varones que trabajan por dinero no lo hacen ni cincuenta mujeres. Entonces, por más que las mujeres quieran trabajar por cierto salario, no tienen las mismas oportunidades de negociación que los hombres. ¿Los hombres se convertirán en vampiros por causa de las oportunidades desiguales? ¿Cómo saberlo?, suspiró Suzy.

Hay regiones muy alejadas, donde no ha penetrado el mundo del dinero. Ahí las mujeres trabajan tanto como los hombres. Solo que se trata de trabajos no pagados. Eso sucede, por ejemplo, en el mundo de los pequeños campesinos. El hombre y la mujer trabajan en su pequeña finca y producen para su propio consumo y el de su familia. No se obtiene dinero por el trabajo, salvo unas pocas veces, en que venden algo para tener con qué comprar ropas y otras cosas.

Cuando el dinero penetra en estas regiones, proseguía Opa, los hombres son los primeros en vincularse al trabajo pagado, mientras que las mujeres se quedan haciendo los quehaceres del hogar. ¡Claro, amarramos a las mujeres al hogar! ¿O será que las empresas no quieren contratar a las mujeres porque tienen mayores compromisos con su casa y con el cuidado de sus hijos?, pensó Suzy. A partir de ese momento, decía la carta, se comienza a distinguir el trabajo doméstico no pagado, del trabajo por dinero. Te entiendo perfectamente, abuelo, pensó.

En todos los países del mundo hay más hombres contratados que mujeres. Suzy se imaginó largas y lentísimas filas de mujeres que buscaban trabajo a la entrada de las fábricas, mientras los hombres pasaban sin mayores obstáculos. Por supuesto, eso provoca que las mujeres tengan que aceptar salarios más bajos que los hombres, aunque realicen el mismo trabajo o lo hagan mejor. ¡Ya entiendo, abuelo! ¡Ahí está entonces el criadero de vampiros! Muchos hombres, como traen el dinero a la casa, llegan a considerar que no deben hacer nada en ella, porque para que puedan rendir más en el trabajo, las mujeres han de servirles. Es una especie de vampirismo encadenado.

El problema se agrava cuando la mujer también trabaja. Está muy extendida y arraigada la idea de que los quehaceres de la casa son problemas exclusivos de ellas. Mientras persistan las



diferencias en las oportunidades de empleo entre los hombres y las mujeres, será difícil que varíe esta situación. Pero llegará el momento en que se produzca un cambio. De hecho, ya los hombres comienzan a participar más en los quehaceres del hogar, e incluso, en algunos casos, son ellos quienes se dedican al hogar, mientras la mujer trabaja en alguna empresa. Hay más igualdad, ciertamente, aunque falta todavía mucho camino por recorrer.

Sin embargo, en el mundo del trabajo pagado se contrata más a las mujeres para los trabajos subordinados y de servicios. ¡No, abuelo, no me digas que el machismo sigue ahora en el trabajo! Esta desigualdad es muy difícil de eliminar, y requiere de toda una educación desde la niñez, le explicaba Opa.

Las mujeres luchan por la igualdad en los puestos de trabajo, pero es una lucha lenta y penosa. Mientras sigan estudiando carreras vinculadas con los servicios estarán menos preparadas para que se les haga caso. ¡Ya entiendo!, dijo Suzy. Si estudiamos enfermería y no medicina, secretaría y no administración, educación primaria y no pedagogía para trabajar en las universidades, estamos contribuyendo a que continúe el vampirismo.

Pero con una creciente igualdad entre los hombres y las mujeres esto no se acaba. Porque siguen existiendo las empresas vampiras, como tú las llamas, proseguía el abuelo. Este cuento no ha terminado, pensó Suzy. Sin embargo, ya sabía cual era la manera de luchar por sus derechos.

Otro problema, continuaba la carta, es que las empresas no le pagan a las personas por su trabajo, porque ganan más cuando consiguen pagar menos. Mientras más personas compiten por un mismo puesto, las empresas están en una posición más ventajosa para negociar los salarios. Este hecho es el que hace a las empresas ganar más dinero con un mismo trabajo. Pero los bajos salarios no le permiten a los trabajadores mantener a sus familias. Por eso, muchos emigran hacia otros países donde creen que hay más oportunidades de trabajo, como hizo Josefa. Pero como los inmigrantes tienen menos opciones que los nacionales, aceptan salarios aún más bajos. ¡Qué tristeza!, pensó Suzy, entiendo mucho mejor y quiero más a Josefa y a su familia. Definitivamente no hay justicia en el mundo del trabajo, pensó la jovencita.

En los países desarrollados, querida nieta, desde hace mucho tiempo casi toda la población trabaja por un salario. En estas condiciones, aumentan las oportunidades para las mujeres. La emigración hacia ellos se explica también por eso. Pero seguramente, pensó Suzy, los que emigran no significan nada en esos países. ¡No debe ser fácil vivir así!, y recordó una historia que le había contado su papá. Cuando era un niño, había ido a visitar a sus abuelos en Europa. Una vez, él y



su hermano menor estaban gritando en su idioma mientras jugaban en la plaza. Los hijos de los vecinos los miraron con desdén porque pensaban eran turcos. Los *don nadie* de Europa deben ser entonces los turcos, concluyó Suzy.

En algunos países, proseguía el abuelo, la posibilidad de reemplazar la fuerza de trabajo es menor que en otros. En esos casos, los trabajadores trabajan muchos años en las mismas empresas y se les trata mejor, incluso, hasta tienen seguro social. En otros, en cambio, no existe el seguro social, puesto que es muy fácil reemplazar a los trabajadores. Pero, abuelo, se dijo la chica, ¿hay países en que no hay seguro y las empresas pueden deshacerse de los enfermos e incapacitados? ¡Esto es el colmo!

De igual manera, en muchos países las personas más calificadas tienen mayores oportunidades laborales que las que no lo están. Reciben mejores salarios, tienen mejores posibilidades para curarse y mejores pensiones. Son más ciudadanos que los no calificados. ¡Pobres mujeres inmigrantes... deben ser ciudadanas de decimoquinta categoría!, reflexionó Suzy, ¿y los pobres indígenas?, ¡ni qué decir! En muchos países, según nos han enseñado en la escuela, a pesar de que los indígenas son los ciudadanos más antiguos, hasta hace poco, muchos no tenían todavía ni siquiera cédula de identidad. ¡Increíble, la justicia también está al revés!

El correo del abuelo finalizaba felicitándola de nuevo por su premio y diciéndole que estaba muy orgulloso de ella. Suzy se sintió con más fuerzas que nunca. Comprendía mejor el mundo real al revés, y comenzaba a sospechar cómo ponerlo al derecho.

CAPÍTULO IV

Suzy se da cuenta de cómo poner
el mundo al derecho

Suzy aprende la magia que cambiará el mundo

Las vacaciones de fin de año terminaron. Suzy regresó al colegio. El primer día hubo elecciones de representantes estudiantiles. Ella, para su gran sorpresa, fue seleccionada. Nunca había pensado en lo que ese trabajo implicaba. Ahora tenía más contacto con los profesores, y hasta con la dirección, y en ocasiones, asistía a reuniones junto a los otros representantes.

El fin de semana Suzy decidió visitar a Elisa, quien acababa de cumplir años. Después del desayuno, ayudó a fregar los platos, arregló su cuarto y tomó el autobús.

— ¿Cómo te va en el colegio?, preguntó la buena mujer.

Suzy le contó acerca de su experiencia como representante estudiantil y del premio que había ganado por la composición. Elisa, quien la escuchaba con mucha atención, la felicitó. Luego le sirvió unos tamales que había preparado, y que tanto le gustaban a Suzy.

— Elisa, ¿usted fue al colegio?, preguntó la joven, después de saborear un rico tamal.

— No, mi amor. Toda la vida he trabajado en casa. Mamá murió muy joven, y tuve que ayudar. Luché mucho para que mi hermana menor pudiera ir a la escuela.

— ¿La terminó?

— Sí. Marlene terminó el colegio y luego entró a trabajar y siguió estudiando en la universidad. ¡No fue nada fácil, pero lo logró!

— ¿Y su hijo José?

— El trabaja de día y estudia de noche.

Suzy comprendió que muchos niños y jóvenes no eran iguales. Vivían en mundos diferentes. Las oportunidades para unos eran mucho mayores que para otros.

— Ahora comprendo mejor por qué ellos la ayudan tanto.

— Sí, ellos son especiales. Pero no creas que todos son iguales cuando han alcanzado sus metas. Hay más de un malagradecido que, una vez que logra ciertas cosas, no se acuerda de quienes se sacrificaron por él. En muchos países, hay familias que luchan y trabajan mucho para que sus hijos vayan a colegios privados. Como estos son mejor valorados, propician más oportunidades para encontrar trabajo. Pero cuando los jóvenes empiezan a trabajar en una buena empresa que les paga bien, no se acuerdan más del sacrificio de su familia.

— ¿Cómo es eso?

— No es que sean malas personas, sino que hay gentes que les da vergüenza reconocer su origen humilde y que esa procedencia pudiera afectarlos en el trabajo. Por eso, tratan de aparentar más de lo que realmente son. Piensan que así venderán mejor su imagen en el mundo real, expresó Elisa.

— ¡Ingratos!, exclamó Suzy con indignación.

— Sí, ahora el mundo es así... y cada día se pone peor. Aparentar ser más de lo que realmente eres, esa parece ser la vida real. La ayuda mutua es vista como cosa de tiempos antiguos y de tontos. El lema hoy es ¡sálvese quien pueda! El egoísmo aumenta, porque es muy difícil salvarse en medio de una competencia cada vez mayor por las escasas oportunidades, y más de uno se salva a costa del prójimo.

— ¡Ni los animales son así!, contestó Suzy un poco alterada.

— Sí, tienes mucha razón, dijo Elisa.

Por la tarde comieron dulces en la terraza de la casa de Marlene. Después, Suzy se despidió con mucho cariño. Elisa la acompañó hasta la parada del autobús, y le dio un pedazo de pastel para sus hermanitos. Verdaderamente era muy agradable visitar a Elisa. Ella era como de la familia.

Durante el trayecto en autobús de regreso a la casa, Suzy se puso pensativa. No lograba comprender por qué había lugares en que se estimulaba la creación de colegios privados. Todo se está poniendo cada vez más al revés, pensó. Por suerte había personas como abuelo Opa, que

analizaban y trabajaban para poner este mundo al derecho. Por eso me regaló los lentes mágicos. Él debe ser un mago oculista que puede ver este mundo de manera diferente. ¿Cuántos magos oculistas habrá? ¿Viajarán en una escoba metálica con turbina?, se preguntó riendo. ¡Qué bueno sería que en todas las escuelas enseñaran a los niños y niñas a ser magos oculistas y a usar los lentes mágicos para ver la vida de manera distinta!

Un día, en la clase de ciencias sociales, Suzy dijo:

— Tengo entendido que en este mundo proliferan cada vez más los colegios privados, y que se esfuerzan por acaparar a los alumnos que más pueden pagar. Supongo que será porque de esta manera pueden hacer más dinero con la educación. Las chicas y los chicos inteligentes que no tienen dinero no pueden entrar a estudiar en ellos. De esta manera, hasta los menos inteligentes, pero con dinero, tendrán la oportunidad de estudiar, mientras que los inteligentes sin recursos no tendrán esas oportunidades. ¿De qué estamos hablando? ¿Creen verdaderamente que un país que haga esto tiene mejor educación? ... Si esto sigue así, el mundo futuro pertenecerá a los tontos con dinero.

El profesor la miró asombrado y toda la clase se quedó en suspenso.

Guillermo pidió la palabra.

— Sí, Guillermo.

— Profesor, ¿cuál es, entonces, el objetivo de la educación? ¿Se educa en los colegios privados para hacer dinero o para formar a las personas? Lo que dice Suzy parece ser similar al mundo de las empresas privadas, porque los colegios privados compiten entre sí no por la calidad de la educación sino por ganar dinero. Vemos en televisión que en Chile los alumnos están indignados con esta forma de educación y hay muchas marchas en contra de ella.

La clase entera estaba en silencio y el profesor dijo:

— Ustedes han abordado un punto de vista muy interesante. Hoy en día, el mundo se orienta cada vez más por la mentalidad de hacer dinero, incluso en la educación. No siempre ha sido así, pero las cosas han cambiado.

Suzy fue con Guillermo a su casa un viernes después de clases. Iban a hacer juntos una tarea para la semana siguiente. Esa noche dormiría en casa de Flora, que vivía muy cerca de Guillermo. En



el camino, la muchacha conversó muy a gusto con él. Se sentía bien a su lado. Al acercarse a la casa de éste, Suzy vio edificios y centros comerciales muy bonitos.

— Las gentes pobres no pueden tener casas como estas, ni siquiera otras más pequeñas, dijo Guillermo.

— Es cierto, expresó Suzy. Mi mamá me ha contado que hay lugares donde las personas son desalojadas porque no pueden seguir pagando sus casas al banco. Papá me ha dicho que en la actualidad esto sucede a menudo hasta en Europa donde la gente pierde su casa al no poder pagar la hipoteca que tienen con el banco. Incluso hay casos que al tener que vender su casa, reciben menos dinero de lo que aún debían al banco. Están sin casa y en la calle y aún así deben pagar dinero al banco. Al parecer, el mundo de los ricos y los bancos no tienen frenos. ¡Es un vampirismo pura sangre!, exclamó la joven. Estoy de acuerdo contigo pero hoy en día no solo la gente gente pobre enfrenta problemas para sobrevivir Suzy, es algo cada vez más común hoy. La pregunta más bien es quien se salvará en medio de todo esto.

Sobre las nueve de la noche, la mamá de Guillermo los llamó para la cena. Mi mama es hija de franceses. Verás qué comida más rica cocina, le dijo el joven a Suzy. Los muchachos ayudaron a poner la mesa. Había velas y un vino francés para los adultos. Durante la cena, conversaron con los papás de Guillermo. La mamá hablaba bastante, y con una «erre» muy graciosa.

— Vivimos en un mundo en el que una minoría de la población posee cada vez más dinero. La mayoría de la población, que menos tiene, encuentra cada vez menos posibilidades para sostenerse.

— Esto, sin embargo, no siempre fue así, añadió el papá.

El papá habló del Estado Benefactor, que existía cuando ellos eran jóvenes.

— ¿Qué es el Estado Benefactor?, preguntó Suzy.

— Fue una política que tenía como meta la creación de empleos con ingresos menos desiguales, seguros contra enfermedad y educación pública, al igual que viviendas al alcance de todos, afirmó el papá.

— Sí, intervino Suzy, y eso fue un logro para los pobres trabajadores sin trabajo.



— Sabe usted mucho para su corta edad, le dijo la mamá de Guillermo con una sonrisa muy amable. Lamentablemente, esa política pertenece al pasado.

— ¿Por qué se abandonó esa política, que es mucho más justa que la actual?, preguntaron a coro Guillermo y Suzy.

— ¡Ustedes son curiosos y ponen a los adultos en aprietos!, expresó la mamá. Como las empresas comenzaron a dominar al mundo y esas políticas les resultaban muy caras, y presionaron a los Estados- para que no las sostuvieran más.

Suzy se indignó pero a la vez comprendió que las políticas se podían cambiar y con ellas el mundo. Pero, ¿cómo hacerlo? Esa sí que era una pregunta difícil de responder, pensó.

— Durante las antiguas políticas, los gastos sociales, en educación y salud, por ejemplo, se tornaron cada vez más caros, prosiguió el papá. Las empresas que contrataban trabajadores se marcharon hacia países con mano de obra más barata. También hay trabajadores inmigrantes a menudo ilegales que aceptan salarios más bajos.

— Sí, dijo Suzy, pero mi abuelo también me explicó que las empresas se marcharon porque la innovación tecnológica se volvió cada vez más costosa. El costo de la renovación tecnológica en las empresas aumentó más de prisa a lo que las mismas ahorraron en salario al trabajar con esa nueva tecnología. Por eso, buscaron trabajadores más baratos fuera.

— Ustedes son cosa seria, rió la mamá. Ciertamente, en el caso de Francia, por ejemplo, las empresas de automóviles y muchas otras se fueron hacia países menos desarrollados, porque ahí podían contratar a trabajadores más baratos.

— Porque se pueden reemplazar más fácilmente, intervino Suzy.

— Sí, asintió el papá de Guillermo, su estabilidad en el trabajo ahí es mucho menor que en Francia, por ejemplo.

— Ante esta situación, continuó la mamá, muchos gobiernos en los países desarrollados comenzaron a recortar los gastos sociales, de educación, salud y vivienda, para abaratar el trabajo, y así retener a las empresas, y como casi todos los países del Norte hicieron lo mismo, se logró así que hoy en día el trabajo menos calificado se abaratara en casi todo el mundo.

— Este es el cuento de nunca acabar, señaló Suzy.

— Por ello, en muchos países las cosas van de mal en peor, en primer lugar para la gente menos calificada, pero hoy incluso para las personas calificadas la cosa se está poniendo difícil.

— A los no calificados les toca, sin embargo, lo peor del baile, apuntó Suzy.

— No creas, Suzy... los hay aún peores, agregó Guillermo. Recuerda lo mal que se trata a los inmigrantes ilegales, a menudo tienen poca calificación pero no siempre. Ellos son los peor tratados.

— ¡Correcto, jóvenes sabios!, expresó el papá. Las favorecidas con estas políticas no solo son las grandes empresas sino sobre todo los grandes bancos que a menudo poseen esas empresas o las financien en buena medida.

— ¡Pero empresas o bancos siempre van a ser esos vampiros los que ganen!, expresó Suzy con indignación.

Los padres de Guillermo se rieron.

— No siempre, Suzy, precisó el papá. Llegará un momento en que las grandes empresas ya no podrán vender sus productos igual que antes, porque los ingresos de la mayor parte de las personas serán tan bajos que no podrán comprar lo mismo de antes.

— En ese caso, le venderán solo a los más ricos, observó Guillermo.

— Sí, intervino la mamá, pero el problema es que los ricos tienen tanto dinero que no pueden consumir todos sus ingresos. La gente pobre, en cambio, tiene que gastar hasta el último centavo que recibe para poder vivir. Como los ingresos se concentran cada vez más en menos manos, un día habrá una crisis. Una crisis así lo llaman una crisis de sobreproducción.

— También lo llaman una crisis de subconsumo, complementaba el papá.

— Es cierto, aceptó la jovencita, los ricos desvían mucho dinero hacia la bolsa de valores u otros casinos.

— Ya veo que conoces sobre la bolsa, Suzy, dijo el papá de Guillermo. Entonces podrás comprender que cuando bajen las ventas de todas las empresas, disminuirán las perspectivas de sus ganancias y con ello, bajarán las acciones en la bolsa de valores.

— Sí, enfatizó Suzy, los precios de las acciones se vendrán al suelo.

Los papás de Guillermo sonrieron.

— ¡Es usted una verdadera economista!, dijo la mamá.

— Sí, sabe usted más que nosotros, añadió el papá amablemente.

— Bueno, señaló la mamá, son casi las once de la noche. Ya es hora de que vayamos para casa de Flora.

Guillermo y su mamá la acompañaron a casa de Flora. Las dos chicas se pusieron de acuerdo con el muchacho para verse al día siguiente.

Flora vivía con sus papás y una abuela, que acogieron a Suzy con mucha amabilidad. Al día siguiente, cuando se despertaron, las jovencitas miraron por la ventana, y vieron que por las calles se paseaban algunos jinetes montando vistosos caballos.

— En la tarde habrá un desfile de carretas, le comentó Flora.

— ¡Qué lindo! No me lo quiero perder, respondió Suzy con mucha alegría.

Mientras esperaban a Guillermo, las dos chicas se pusieron a conversar con la abuela. A pesar de sus años, era muy coqueta. Flora se parecía mucho a ella.

La abuela le contó que la mamá de Flora era la menor de sus doce hijos. Comenzó a recordar viejos tiempos. Habló de la crisis mundial de los años treinta, de la Segunda Guerra Mundial y del socialismo.

— ¿Qué es el socialismo?, preguntó Suzy intrigada.

La abuela les explicó que era un sistema que acababa con el mercado y con la propiedad privada y que todo se manejaba a partir del Estado.

Fue la primera vez que Suzy escuchó hablar del socialismo. Si bien no entendía mucho, comprendió que era un mundo totalmente distinto, del que tanto la tenía preocupada.

¿Habrán ya intentado antes poner este mundo al derecho?, se cuestionó la chica.



En ese momento llegó Guillermo y decidieron salir. Estuvieron hasta mediados de la tarde disfrutando del desfile. Hubo bailes y ventas de comidas tradicionales. Se divirtieron mucho. A las cuatro, Suzy se fue a la parada de autobuses para llegar a su casa antes del anochecer.

Esa misma noche, Suzy se sentó frente a su computadora. Con mucha energía comenzó a escribirle a su abuelo. Le contó que la habían elegido representante de su clase. Compartió con él lo que había empezado a entender sobre la educación. Le relató sus conversaciones con Elisa y Marlene, con los papás de Guillermo y con la abuela de Flora. Se refirió, principalmente, al Estado Benefactor y al socialismo.

¿Cómo aparecieron esas políticas? ¿Qué futuro nos espera, abuelo, cuando seamos grandes? ¿Qué podemos hacer los niños y jóvenes para cambiar el futuro? Estas, entre otras, eran las preguntas que Suzy le hacía a Opa en su carta.

¿Cómo intentaron los adultos poner el mundo al derecho?

A los pocos días, el abuelo le contestó. Le dijo sentirse muy contento con el hecho de que la hubiesen nombrado representante de su clase. No solamente te has vuelto una gran economista, sino una alumna ejemplar, le decía Opa. Vas por buen camino para convertirte en una dirigente política. La joven se sintió halagada y siguió leyendo con más atención.

Me impresionaron mucho tus pensamientos sobre el Estado Benefactor. Definitivamente, esta política estaba más en función de los ciudadanos. Me interesaron asimismo tus ideas acerca de llegar a construir un mundo más justo para todos.

El abuelo le contó que el socialismo era una reacción política orientada a cambiar este mundo. Para lograrlo, corrió mucha sangre. Le explicó también cómo el socialismo en la Unión Soviética y en otros países de Europa del Este había sido un intento para poner el mundo al derecho. El Estado organizó toda la economía en nombre del pueblo pero muy desde arriba sin involucrar al pueblo. Falta pensar organizar la economía a partir del pueblo y para el pueblo. Aunque el viejo socialismo haya fracasado, habrá pronto otro intento de poner el mundo al derecho. Al desaparecer el socialismo, no todas las esperanzas están perdidas, proseguía la carta del abuelo. Este mundo al revés no podrá seguir así indefinidamente. Hay mucha injusticia y los pueblos no lo permitirán que una pequeña minoría se beneficia a costa de cada vez más gente en el mundo entero. La gente común está cada vez más indignada. Hoy hay movimientos de gente indignada en el mundo entero. Hasta en los mismos EEUU y el mismo Nueva York hay rebelión.

Suzy ya había escuchado de la 'Primavera en África del Norte' donde los pueblos entraban en rebelión y de los indignados en España que llenaban plazas públicas. Entonces también había movimiento en el mero EEUU. Ella sabía que entre los 'indignados' en España se encontraban muchos jóvenes, aunque no había comprendido bien cómo se originó todo eso. Se daba cuenta que ella misma se sentía una joven indignada. Así que me encuentro en plena primavera se reía la joven y inmediatamente pensaba con un poco de vergüenza. ¿Acaso no te gusta más ir al desfile que a la plaza pública para manifestarte?, escuchaba en su interior. Suzy sentía que era el momento de tomar acción también. En la próxima oportunidad, reflexionaba la joven, también yo estaré ahí.

La propia lógica económica de las empresas las llevará a su fracaso, prosiguió la carta, porque como seguirán disminuyendo los ingresos de los trabajadores, disminuirá también la capacidad total de compra y disminuirá igualmente la posibilidad que tienen esas grandes empresas para vender sus productos. Cuando las multinacionales vean que no pueden vender lo mismo que antes se dice que hay crisis. Cuando una crisis dura mucho tiempo se llama depresión. Si la misma se da en la mayoría de los países grandes se habla de una Gran Depresión Mundial. La lucha por los mercados existentes se tornará más agresiva y puede traducirse hasta en una guerra.

Hoy en día se habla que amenaza una Gran Depresión Mundial, siguió el correo. Esto no está ocurriendo por primera vez en la historia moderna. Ya pasó en la década del 30 del siglo pasado. Una carrera sin frenos por el dinero, similar a la de hoy, llevó a la bolsa de valores a una gran crisis de nivel mundial. Durante esta crisis, muchas empresas y bancos quebraron, incluso los más grandes. Ya no había lugar para todas las empresas grandes ni para todos los bancos principales. Se desarrolló entonces entre ellos una lucha muy agresiva por el mercado en el mundo que desembocó en la llamada Segunda Guerra Mundial, librada entre las naciones donde estaban ubicadas las empresas más grandes y los principales bancos del mundo.

Al terminar la guerra en algunos países cambiaron de rumbo hacia el socialismo y en otros se aplicó la política del llamado Estado Benefactor. En este último caso la política trató de combinar el mercado salvaje con la planificación centralizada. Por supuesto, el fin perseguido con esta combinación era salvar la fórmula de hacer más y más dinero en beneficio de los más grandes.

— A fin de cuentas, otra vez triunfó el vampirismo, reflexionó Suzy. ¿Habrá un modo de salir de esta forma eterna de chupar sangre? ¿Cuándo aprenderán los seres humanos a beber el agua de la vida?, se preguntó Suzy.

Con el Estado Benefactor se dio más poder a los gobiernos para participar activamente en el quehacer económico. Para poder continuar haciendo dinero, todo ese quehacer debería



estar regulado. Esta política se aplicó especialmente en los países más desarrollados, donde se concentraban la mayoría de las grandes empresas. Era necesario volver a vincular la inversión con el proceso productivo. Para ello, el Estado debía limitar hasta donde fuera posible la especulación.

— ¿Cómo lo hizo?, se preguntó la chica.

Para evitar el vampirismo se prohibía a la banca el juego especulativo. Se fomentó que la inversión entrara en la producción y no en la especulación. Así el crecimiento se dio a nivel de cada país, proseguía el correo del abuelo. Desde luego, las empresas más grandes tuvieron una mayor participación que las pequeñas en ese crecimiento. De esta forma, pudieron seguir con su lucha por hacer más dinero.

— Ya entiendo, abuelo, se dijo Suzy. Un vampirismo más decente, pero vampirismo al fin.

Los países más desarrollados, donde se encontraban las empresas más grandes, crecieron más de prisa que los menos desarrollados. Ahí se fabricaban sobre todo productos duraderos cuya vida media se podía acortar. En tu país así como en toda América Latina se producían productos minerales o agrícolas cuya vida media no se podía acortar. Cada vez más rápidamente había que entregar los productos agrícolas y minerales para poder comprar esos productos 'duraderos' con una vida media cada vez más corta. En el Norte, sin embargo, no se consumía con más rapidez los productos agrícolas. La demanda de productos agrícolas no crecía a como subió su oferta y los precios iban hacia abajo. Así es que el Estado Benefactor nunca llegó realmente a América Latina.

— ¿Y cuando va cambiar esto abuelo, o es un cuento de nunca acabar?

En los países que producían productos duraderos cada vez más desechables si se dio el Estado Benefactor. Para aumentar las posibilidades de ampliar el mercado y así vender más, los libros mencionan sobre todo que se fomentó el pleno empleo, se estimuló una redistribución de los ingresos con más igualdad, cobrando impuestos mayores a los ricos. Con el ingreso de esos impuestos, se generalizó la educación pública gratuita. Se desarrollaron igualmente servicios de salud para todos.

— Abuelo, esto me recuerda, pensó Suzy, a lo dicho por el papá de Guillermo. Esto es la parte bella de la historia. Pero las empresas necesitaban vender más, como siempre. Para ampliar la demanda de productos por parte de los ciudadanos, se alentó el consumismo. Recuerdo bien, abuelo, todo lo que me explicaste antes sobre el consumismo.

A medida que la innovación tecnológica se volvió más y más cara, comenzaron los problemas. Gracias a las nuevas tecnologías, los costos de la innovación crecieron más de prisa que la productividad del trabajo. Como los costos de las nuevas tecnologías eran más grandes que los beneficios al utilizar dicha tecnología nueva, las ganancias de las grandes empresas también bajaron. A partir de entonces se afirma que el Estado Benefactor fracasó. Se reinició entonces la lucha entre las empresas por el mercado y para bajar los salarios. Esto lo que se llama neoliberalismo, comenzó más o menos cuando tu papá nació, decía Opa. Actualmente, cuando tu papá ya es un hombre grande, nos hallamos de nuevo ante una crisis mundial. En cualquier momento podría haber un bajón en la bolsa de valores.

— ¡Abuelo, no me vas a decir que estamos ante una nueva guerra mundial! ¡No quiero ni pensarlo!

Suzy estaba muy cansada. El mundo de hoy era todo muy complicado y se sintió un poco deprimida. La joven decidió seguir leyendo al día siguiente.

¿Cómo los niños pueden poner el mundo futuro al derecho?

Con el sol del nuevo día, Suzy sentía nuevas energías. Sabía que ella era una de esas ‘indignadas’ que luchaban por un mundo mejor. Ya se imaginaba en una plaza pública con mantas. Ella se recordaba bien un cartel que usaban los colegiales en sus marchas en Chile y que decía ¡Que la educación sea gratuita y de buena calidad! El otro que había visto de España decía ¡Que se salven los pueblos y no los banqueros! Así que los banqueros son los verdaderos malos de la película pensaba. Suzy se sentía con ánimo de seguir adelante y volvió a la lectura del correo de su abuelo. La joven sentía que esa carta la podía dar más esperanzas.

Mientras menos vampiros vayan quedando en el mundo, siguió el correo del abuelo, más se concentra la riqueza en menos manos. Pero también, más ciudadanos, empresas y hasta países del mundo, van quedando fuera del juego. Ciertamente, como cada vez menos empresas y bancos imponen su esquema del mundo de los vampiros, más pueblos se sienten movidos a detener esta política. En este punto nos hallamos ahora. Hoy esos poderes tienen menos compromiso con las naciones y sus ciudadanos. Hay muchas naciones hoy que están endeudadas y sobre todo en el Norte. Cuando los bancos ahí se encontraron en problemas, los estados llegaron a rescatarlos entregándoles fuertes sumas de dinero. Los bancos han especulado mucho y más de uno hubiera quebrado si no fuera que los estados ayudaron a rescatarlos. Ahora son los estados que tienen



problemas de pago. Cobran a su población más impuestos y recortan gastos en educación en salud, etc. Los mega-bancos que más han especulado buscan adueñarse así de las riquezas de las naciones más grandes del mundo.

— Suzy quedó perpleja. Primero los estados ayudan a los bancos, para que estos luego ponen el cuchillo sobre la garganta de los estados. La joven entendió mejor la indignación contra los banqueros. ¡Son mega-vampiros!

Esto ya lo vimos pasar en América Latina cuando su papá era un joven hace unas décadas. Ahora está sucediendo en el Norte. Es una pugna entre los principales bancos y empresas del mundo para adueñarse de todo. No tienen compromiso alguno con los pueblos o ciudadanos. En medio de esta batalla se abre un espacio para que los ciudadanos del mundo en cada vez más países se rebelan. Tarde o temprano, esta forma de vampirismo, a como tu lo llamas, no podrá sostenerse.

— ¡Esto se poner bien chival, razonaba la joven. ¿Qué vendrá después, abuelo?, se preguntó la jovencita. ¿Una nueva clase de vampirismo? ¿O las grandes empresas y los banqueros aprenderán por fin a beber el agua de la vida? Tengo cada vez más dudas abuelo.

Con guerra o sin guerra, frente a una gran crisis financiera en las bolsas de valores, la actual política, tarde o temprano, tendrá que cambiar, proseguía el abuelo. El problema principal por resolver entonces será de nuevo, como en el siglo pasado, de qué manera volver a vincular la inversión con la producción y cómo suprimir la especulación.

No es posible aplicar la receta utilizada después de la Segunda Guerra Mundial. No se puede seguir con la innovación tecnológica desenfrenada a nivel mundial. La tierra no aguantará más desechos y más explotación de recursos naturales. De intentarlo se acabarán con el planeta tierra. Hacerlo tampoco es rentable para las empresas muy grandes.

— Pero, abuelo, ¿serán las empresas capaces de entender esto?

Los costos de la innovación tecnológica son tan elevados, que tendrá que inventarse otra cosa siguió el abuelo. Un control sobre la velocidad de esa innovación haría más duradera la tecnología. Una vida media más larga de la tecnología bajaría los costos de la innovación. El problema consiste en que una regulación de la duración de la tecnología en las grandes empresas, no es algo que pueda ser decidido individualmente. Los que comienzan con ello, luego no podrían competir con

las que no lo hagan. Tampoco se puede hacer en un solo país, ya que los otros se burlarían de éste. La regulación tendría que aplicarse en todos los países al mismo tiempo.

— ¿Cómo se podría conseguir eso?, se preguntó la muchacha. No veo la salida abuelo.

En los países del Sur, como América Latina, se encuentran muchos recursos naturales como el petróleo y los productos mineros. Al no cambiar la lógica de hoy, la demanda de esos recursos crece sin cesar y no habrá para todos lo suficiente. Los precios de los productos mineros y del petróleo suben por ello sin cesar, como ya pasa en los últimos años. Los países del Sur logran así mejor negociar el precio de esos recursos. Esto hace que los países del Sur ganen poco a poco no solo más poder para negociar el precio, sino también el destino de esos recursos. Pueden decidir destinar más recursos para su propio proyecto económico como hace, por ejemplo China o Brasil. Al reducirse la cantidad de recursos libres para los países del Norte, tarde o temprano aumenta la necesidad de hacer productos más duraderos. Al aumentarse la vida media de la tecnología tan solo en las empresas más grandes del mundo, se estaría controlando la vida media de la mitad de toda la producción mundial. En tal caso, disminuiría muchísimo el derroche y, con ello, el asalto a la naturaleza.

— ¡Ya lo entiendo abuelo! La idea es que no entregamos tantos recursos naturales a esas mega-empresas y que hagamos más productos en nuestras propias tierras.

Es más afirmaba el abuelo, para que haya recursos naturales para las próximas generaciones es preciso no explotarlo todo y dejar tierras no explotadas. Por este tema luchan hoy las poblaciones indígenas. Al controlar y reducirse así la oferta de recursos naturales se controla indirectamente la vida media de muchos productos de consumo, como las computadoras y los celulares. De esta forma, las grandes empresas han de producir productos que tienen más vida. Una solución es producir más bienes colectivos (autobuses) y comunales en vez de bienes individuales (autos). Así se desarrolla una mayor responsabilidad social frente a la ciudadanía. Al definirse las necesidades desde la comunidad, la misma debe definir el tipo de productos, su calidad y durabilidad. Así, el bienestar no disminuiría para la ciudadanía. Lo que sí disminuiría sería el consumismo y el individualismo.

— Entiendo, abuelo, pero ¿cómo esos vampiros van a aceptar vender menos computadoras y no ganar más dinero?, se preguntó la Suzy. ¿No habrá un pleito enorme?

El correo de Opa continuaba. Las grandes empresas tienen pocas opciones. Si las empresas acortarían la vida media de la tecnología aún más todavía, la misma se tornaría impagable, es decir,



haría bajar sus ganancias. Han de ir con la producción donde hay mano de obra barata y en países donde además hay recursos naturales abundantes, entre otros, América Latina. En América del Sur los países se están unificando para un proyecto propio. Se llama UNASUR. Ya no quieren la política neoliberal que sirve a las mega-empresas y los mega-bancos en el mundo. Los gobiernos tienen más inclinación hacia un proyecto propio, usando esos recursos cada vez más en beneficio propio. También en China y la India buscan ese camino. Hoy en día, en los países del Sur se invierte cada vez más. Ahí están los recursos naturales y ahí está la mano de obra menos cara. Por eso los llaman hoy también países emergentes. El Sur en un futuro no muy lejano será el centro de producción del mundo y ya no el Norte. Se habla por ello de países emergentes. Tarde o temprano los países del Norte estarán obligados a dar vida a los productos y con ello a la naturaleza.

— O sea abuelo, que para seguir vendiendo, las empresas más grandes estarían a partir de entonces también obligadas a invertir en productos más duraderos y más colectivos que satisfagan las necesidades de mucho más gente. Esto supone una mejor distribución del ingreso, reflexionaba la joven. No quedará de otra. Suzy se quedaba muda al no poder creer lo que leía.

Lo anterior llevará a una mejor distribución de los ingresos seguía el correo. El bienestar de la gente no disminuirá, ya que los productos serán más duraderos, más colectivos y más acorde con las necesidades de la propia gente.

— ¡Qué lindo será esto, abuelo! Y los vampiros abuelo, ¿que pasará con los vampiros?

Una vida más larga de los productos también protegerá más a la naturaleza y evitará que continúe la contaminación. Cuando los productos se hacen más en función de la colectividad y menos para el individuo, el proceso de producción se orientará más hacia las necesidades básicas: comida, vivienda, salud, educación, de toda la población. Estas actividades, además, afectan mucho menos a la naturaleza que el consumismo de los productos de lujo para el individuo. Eso sí, año tras año habrá decrecimiento del mundo de dinero. Al durar año tras año más los productos, menos se venderá todos los años... A nivel de la totalidad del planeta, se tendrían mejores oportunidades para conservar la vida natural. Al mismo tiempo, las personas tendrían una existencia más justa. Esto hará que el mundo sea más igualitario. Se producirá más y más para la vida y cada vez menos en función de hacer dinero. Eso permitirá una participación ciudadana más amplia y se podrán construir, en todos los países, sociedades más justas e igualitarias. Con ello el vampirismo muere y los vampiros han de beber el agua de la vida como ya señalabas antes Suzy. A partir de entonces, el hacer dinero y más dinero y trabajo y más trabajo, perdería su importancia. Habría más tiempo libre. En las escuelas

las maestras darían clases de cómo desarrollarnos mejor como persona en nuestro tiempo libre en vez de estudiar solo para trabajar.

— Ya lo veo abuelo. Ya como adultos ya no trabajaríamos por dinero y más dinero que nos obliga a trabajo y más trabajo. Tendremos más tiempo libre para mejorar la calidad de nuestras vidas.

Sin lugar a dudas, un mundo nuevo, distinto, está al alcance de las nuevas generaciones finalizaba el abuelo. Hay mucha esperanza para tu generación.

— A Suzy le entró una sensación muy fuerte. Veía de una vez muy clara como niños y jóvenes de hoy podían poner el mundo futuro al derecho.

¡Viva el trabajo por el disfrute y abajo el trabajo por el dinero!

¡Aprendamos a ser niños aún cuando seamos grandes!

Los adultos del mañana podrán trabajar para disfrutar la vida.

¡Unámonos desde ahora, todos los niños y jóvenes del mundo entero, para luchar por el disfrute de la vida y por un mundo mejor y más justo!

¡Pongámonos los lentes mágicos y avancemos!

¡Ya está claro el camino!